

The background is a highly textured, painterly landscape. It features a range of mountains in shades of blue and grey, with a dark bird in flight against a blue sky. The foreground is filled with vibrant, textured vegetation in shades of green, yellow, and orange, with a stream flowing through it. The overall style is reminiscent of a relief or a heavily textured painting.

**La aventura
de las
piedras del agua**

Luis C. Carús

Lectulandia

Esta es la historia de Agor, un mediano que se verá envuelto en la aventura más grande de su vida.

Lectulandia

Luis C. Carús

**La aventura de las piedras del
agua**

ePub r1.0

Titivillus 02.05.2019

Título original: *La aventura de las piedras del agua*
Luis C. Carús, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

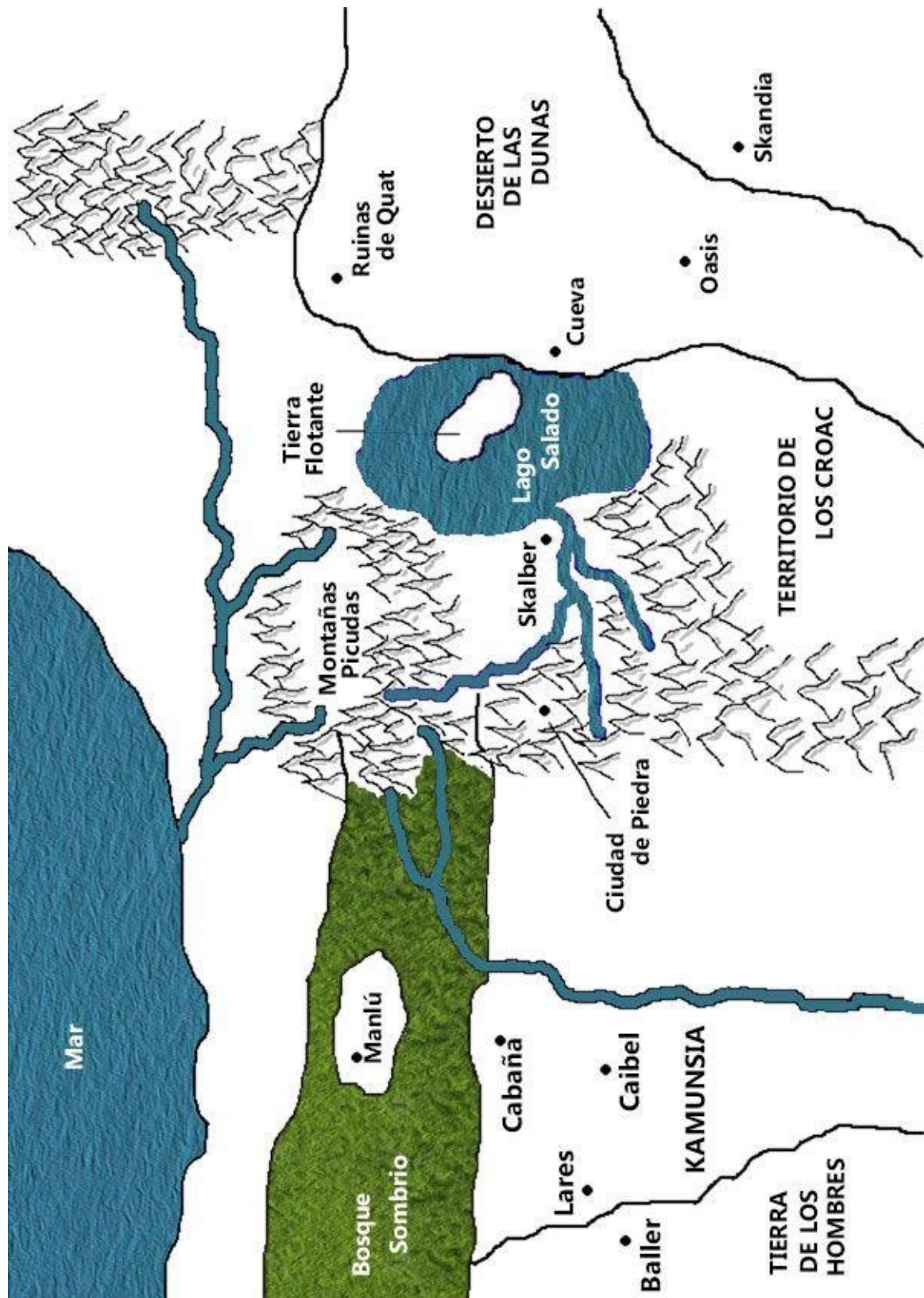
*A Marta, Belén, Esther,
Pablo, Laura
y Jorge*

*Y a todo aquel que sea capaz
de transportarse a través de las palabras*



SEXTO ANIVERSARIO

PROYECTO SCRIPTORIUM - MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



Capítulo 1

La tormenta

EL CIELO se tornó gris oscuro, casi negro. A lo lejos se podía oír los fuertes truenos, mientras todo el bosque se convertía en un ir y venir de animales que corrían hacia sus guaridas.

Las flores se recogían entre sus hojas, para así protegerse de la lluvia que se acercaba. Las hojas se veían ahora de un color verde oscuro, muy oscuro. Y los troncos de los árboles parecían retorcerse y temblar.

El viento comenzó a silbar entre los jóvenes pinos del bosque, produciendo una melodía que hacía presagiar el desastre que se avecinaba.

Las primeras gotas comienzan a caer, mientras Agor corre por la explanada que hay entre el bosque y la cabaña de madera donde vive. Al entrar en la casa, su mujer, tendiéndole una toalla le dice:

—Sécate la cabeza y ponte algo de ropa seca que pronto vamos a cenar.

Besi es una joven sencilla, delgada, de tez pálida y pelo negro generalmente oculto por un pañuelo. Lleva casada con Agor varios años, tantos como el roble que hay junto al porche de entrada, ya que por tradición el padre de la novia ha de plantar un roble junto a la casa donde va a vivir la nueva pareja. Este roble, dice la tradición, protegerá el nuevo hogar de los espíritus malignos que, como todos sabemos, viven en el cercano Bosque Sombrío.

Agor, hijo de Bali de Caibel, es un joven muy querido y respetado en el pueblo por ser considerado por todos una persona trabajadora, honrada y justa. No es muy alto, como todos los medianos, pero tiene un cuerpo bien

formado con los brazos y las piernas muy fuertes. La cara regordeta y una barba bien recortada.

Agor y Besi viven en una cabaña de madera, que tiene una sala principal en donde hay una chimenea que casi siempre esta encendida con un fuego acogedor. El fuego sirve tanto para cocinar como para calentarse en las noches de invierno. Una mesa y unas sillas junto a la alacena es casi el único mobiliario que hay en la sala. A un lado está el dormitorio que tiene una gran cama de madera, una mesita junto a ella y un armario donde guardan todas sus ropas. Al otro lado de la sala principal, hay una puerta que da directamente al establo, donde tienen algunos animales domésticos y guardan los aperos de labranza.

Detrás de la cabaña tienen un pequeño huerto donde cultivan algunas hortalizas que no es fácil encontrar por los alrededores de forma silvestre. El huerto, aunque pequeño, produce gran cantidad de alimentos que se preparan en conserva, para así poder consumirlas durante todo el año.

La cabaña está junto al borde sur del Bosque Sombrío, el cual, según dicen, nadie ha atravesado jamás; y al que otros llaman el Bosque Final. Un poco más al sur está Caibel, un pueblo pequeño pero muy rico en historias, pues de él salieron muchos de los medianos que poblaron el sur del país, y otros que fueron a recorrer las tierras del este. Al oeste ésta el gran desierto que nos separa de las tierras de los Hombres.

Las gentes de Caibel, gustan de reunirse en la taberna, y junto a la copa de asac (licor de bayas que hacen ellos mismos), contar las historias de sus antepasados que han llegado hasta ellos por medio de sus padres, y a éstos, por sus padres. Estas historias se conocen desde siempre, pues hace muchos, muchísimos años, las gentes de Caibel no han corrido aventuras por el resto de Kamunsia, y mucho menos, atreverse a recorrer las tierras sin explorar.

En Caibel las gentes viven tranquilas desde hace muchos años, y rara vez, aparece algún visitante que viene de las tierras del sur o del este, lo que se convierte en una gran fiesta que terminará, como es de rigor, en la taberna, junto a la copa de asac, escuchando las historias que vienen de lejanos lugares.

En el verano se dedican a trabajar sus tierras, de donde sacan los alimentos que precisan para los largos inviernos. En el invierno sus actividades se limitan, aparte de contar o escuchar aventuras en la taberna del pueblo, a pasear por los campos cercanos, a visitarse los unos a los otros, y a recoger leña en los límites del Bosque Sombrío para alimentar sus chimeneas.

Son gentes afables, muy sociables, que tratan al visitante como si fuese del propio lugar, no siendo extraño que cuando pasa algún extranjero, decida quedarse a vivir entre ellos. De ahí viene la poca costumbre de viajar, ya que por cada pueblo que pasas haces muchos amigos, y como las despedidas son difíciles, acabas quedándote en alguno de ellos.

Besi prepara la mesa mientras Agor se cambia de ropa. Hoy es algo más pronto de lo habitual para dejar de trabajar en el huerto, pero con la lluvia que ya ha comenzado a caer, lo más apropiado es sentarse junto a la chimenea y charlar.

La lluvia golpea los empañados cristales, mientras en el exterior ruge el viento del norte. Todo hacía pensar que la tormenta, una de las más fuertes que se recuerdan en Caibel, duraría varios días.

No es corriente que vengan tormentas en esta época del año, en general el principio del verano es de temperaturas suaves y poco lluvioso. La temperatura es excelente para preparar el huerto y no cansarse excesivamente. Al caer la tarde, suele levantarse un airecillo que viene del norte trayendo hasta nosotros olores de las plantas, las flores y los animales que viven en el Bosque Sombrío.

Una vez despojado de las húmedas ropas, Agor se sienta junto al fuego mientras Besi le entrega un plato de bayas del bosque con frutas que recogen en los árboles que hay en el camino a Caibel. Comen, los dos, en un silencio sólo roto por los truenos y el cantar del aire al revolotear entre las ramas de los árboles.

Cuando ambos han acabado, es Besi la que rompe el silencio para preguntar a nuestro amigo por la suerte que correrán los animales del bosque, que en esta época del año tienen sus crías, aún indefensas, en sus nidos o sus madrigueras. A lo que Agor le responde que nada ha de sucederles, pues los animales se saben cuidar muy bien de los caprichos de la naturaleza, el problema real para los animales es el hombre, pues es el que hace los mayores destrozos sin previo aviso.

Después de cinco días con sus cinco noches, la tormenta remitió dejando al descubierto un cielo azul con algunas nubes grandes, muy blancas y esponjosas. El campo se veía encharcado. El bosque, desde aquí, de un color verde brillante, con las hojas resplandecientes e iluminadas por miles de

gotitas que brillaban al correr entre ellas para llegar hasta el suelo. Las flores empezaban a asomarse al recibir los primeros rayos de sol desde hacía varios días. Los pájaros comenzaban a volar de un árbol a otro mientras celebraban contentos el final de la tormenta. Iban apareciendo, poco a poco, el resto de los animales del bosque que tras cinco días ocultos en sus guaridas, salían a saludar al sol, y de paso, a estirar los músculos de sus cuerpos.

Agor recorrió su huerto para ver en el estado que se encontraba. La lluvia había dañado algunas plantas que rápidamente comenzó a sustituir por otras en buen estado.

Al caer la tarde, Agor, ya había restaurado los daños ocasionados por la tormenta, y decidió que al día siguiente se acercaría hasta el pueblo para comprobar su estado y ayudar si fuera preciso.

El sol se estaba ocultando en el horizonte cuando nuestros amigos se retiraron a descansar. Echaban en falta el ruido de la lluvia al caer que les había acompañado en los últimos días, pero no tardaron en conciliar el sueño.

Capítulo 2

Camino de Caibel

AL AMANECER, salió Agor de la cabaña para dirigirse al pueblo cuando vió en el cielo un águila blanca que volaba en círculos por encima del Bosque Sombrío. En raras ocasiones se podía ver en las llanuras algún ejemplar de águila blanca, pues estas viven en las altas cumbres de las Montañas Picudas y rara vez, sólo cuando el invierno es muy crudo descienden hasta cotas tan bajas para buscar alimento.

Agor tomó el camino que lleva hasta el pueblo con un paso rápido y decidido. A un lado y al otro del camino podían verse bayas y frutos, que por culpa de la lluvia, habían caído al suelo. El campo se veía muy mojado, con algunos charcos aquí y allá. Las plantas se iban recomponiendo poco a poco, y agradecían la caricia de los rayos de sol entre sus hojas.

Caibel es un pueblo como muchos de los del lugar. Es pequeño, donde todos los vecinos se conocen y se ayudan los unos a los otros. A su lado, corre un río de aguas limpias y cristalinas del que se abastece por un complicado sistema de cañas que invento hace ya muchos años un mediano de Caibel que, según dicen las historias, viajó por la tierra de los Hombres. Caibel está formado por algo más de una docena de casas, la taberna, y una nave grande que sirve de almacén junto a un gran establo.

La taberna es uno de los lugares donde los medianos suelen pasar mucho tiempo. En ella se sirven toda clase de bebidas echas con frutas y bayas del campo. El local es grande pero a la vez acogedor, hay un pequeño mostrador con grandes tinajas detrás, que es donde se encuentra los zumos preparados, mesas con cuatro sillas cada una, esparcidas por el salón, aunque casi siempre, al final del día, terminan todas juntas. En la pared del fondo, una

gran chimenea caliente toda la sala en invierno y es donde les gusta sentarse en corro mientras se cuentan las miles de aventuras que conocen.

El almacén es un habitáculo donde la gente del pueblo tiene herramientas, semillas, leña seca y cualquier otra cosa que se pueda necesitar. Estas cosas están a disposición, no sólo de la gente del pueblo, sino de cualquiera que pase por el lugar y pueda necesitarlas.

Las casas son todas muy parecidas entre sí. Están todas construídas de la forma típica a base de troncos y barro, y con tejado de brezo seco. Tienen, por lo general, el salón y una habitación, aunque las hay que tienen dos habitaciones. En estas casas no suelen estar el establo pegado como en las de campo, ya que hay al lado del almacén un gran establo donde se guardan los animales de toda la gente del pueblo.

Al llegar a Caibel se encontró con Ibán, que es quien hace las veces de lo que nosotros llamaríamos alcalde del pueblo.

—Buenos días —dijo Agor.

—Buenos días —le contesto Ibán, estrechándole la mano a la manera de los medianos, que es muy parecida a la forma como se la estrechan los hombres, pero con los dedos encogidos.

—¿Cómo ha pasado la tormenta por aquí?, ¿ha hecho mucho daño en los huertos? —se interesó Agor.

Ibán le informó que en el pueblo no había habido daños importantes y que a lo largo de la jornada anterior todo había vuelto a la normalidad. Se encaminaron los dos juntos a la taberna para degustar uno de los deliciosos zumos de frutas que allí se podían tomar y ver con quien se podría charlar un rato.

Después de pasar la mañana con sus amigos del pueblo, y ya que no hacía falta su ayuda, Agor se encamina hacia su cabaña. No lejos del pueblo distingue a lo lejos, allá en el cielo, al águila blanca que sigue volando en círculos sobre el Bosque Sombrío. Le extrañó que el animal siguiera volando por los alrededores, ya que cuando un águila baja hasta la llanura a cazar suele permanecer en ella pocos minutos.

Por la tarde, Agor ayudado por Besi, estuvo trabajando en el huerto hasta casi la caída del sol. Ya era noche cerrada cuando nuestros amigos dijeron:

—Buenas noches, Besi.

—Que pases buena noche —le contesto Besi apagando el candil.

Capítulo 3

Un extraño visitante

Y A HABÍA AMANECIDO cuando Agor se disponía a ir hasta los límites del Bosque Sombrío para recoger leña como solía hacer a menudo. Al salir de la cabaña se encontró con un mediano que no conocía, y que vestía de una forma curiosa, por lo que podía deducirse que no vivía por los alrededores.

—Buenos días —le dijo Agor al extraño— yo soy Agor de Caibel y ésta, mi mujer, Besi. ¿Quieres pasar a comer y descansar de tu viaje? —añadió, como es costumbre entre los medianos.

—Buenos días. Yo soy Tahú de Lares. Algo de comer si os lo agradecería, pero descansar sólo puedo mientras tomo algún bocado pues es mucha la prisa que llevo —respondió el viajero mirando la mesa.

Besi le preparo un delicioso plato de verduras asadas con bayas acompañado de zumo de frutas silvestres. Sacó pan y queso, pues comprobó que tenía gran apetito según podía verse por la velocidad con que se comió todo lo del plato.

Mientras el extranjero comía, casi devoraba, los manjares que le iban poniendo delante, Agor le miraba con extrañeza pues no conseguía reconocer por sus ropas de que parte del país provenía.

—¿Dónde está situado Lares, que nunca he oído hablar de ese lugar? —preguntó Agor.

—Lares está al oeste del país, casi lindando con las tierras de los Hombres —contestó Tahú—. Somos muy pocos los que allí vivimos, pues es una tierra muy seca que casi no da alimentos. Nosotros tenemos por costumbre tratar con los Hombres para hacernos con los alimentos que necesitamos.

—¿Has visto un Hombre alguna vez? —le interrumpió Besi.

—No sólo los he visto, sino que hablo a menudo con ellos —le dijo Tahú—. También he tratado con alguno el intercambio de alimentos, los que a ellos les sobran a cambio de algunos frutos que se crían bien en nuestro territorio.

—Por lo que a Lares se refiere —añadió— no es un lugar de paso ni tampoco suele irse nadie hacia el interior del país, lo que ayudaría a ser un poco más conocido.

—¿Cómo son los Hombres? —preguntó Agor, mirando a Tahú con los ojos muy abiertos.

—Los Hombres son unos seres parecidos a nosotros pero algo más altos. Nuestro tamaño es similar al de sus hijos cuando éstos tienen diez años. Suelen vivir en pueblos más grandes que los nuestros, sin casi vegetación entre las casas, pero ellos como personas, en su interior, demuestran ser más individualistas. Los Hombres, según se decía en las historias que me contaban de pequeño, destrozaban los lugares por donde pasaba lo que he podido comprobar que no es del todo cierto. Tienen campos gigantescos destinados a la plantación de alimentos que por aquí no se conocen, hacen grandes lagos para almacenar el agua de la lluvia y no tener escasez en los períodos secos. Tienen para ayudarse unas poderosas cosas que ellos llaman «maquinaria» y que no he logrado comprender como les obedecen, pero que a ellos, como he podido comprobar, les suelen obedecer casi siempre.

—Sus casas —siguió contando— son como las nuestras pero es corriente encontrar una encima de la otra, hasta alcanzar alturas que no podéis ni imaginar. En Baller, un pueblo de los Hombres que esta cerca de Lares, dicen que hay una casa, de las que os digo, que es como seis casas una encima de la otra.

—¿Y viven unos encima de los otros? —se interesó Besi.

—Así es —le respondió Tahú—. Además las casas están muy juntas las unas con las otras formando como pasillos estrechos entre ellas en donde por lo general hay sombra, y que ellos las llaman calles. Esto, supongo yo, es para contrarrestar la falta de árboles entre las casas.

Gran parte de la mañana corrió mientras contaba algunas historias con los Hombres como protagonistas, ya que vió que tanto a Agor como a Besi le entusiasmaba el tema.

Después de haber oído las magníficas historias que les acababa de relatar, Agor le invitó a que le contara el destino de su viaje y el porqué de su prisa, pues no es normal en los medianos, como ya sabéis, que sean viajeros.

A esto, Tahú les respondió, que en la tierra de los Hombres había una sequía que duraba ya varios años, que sus animales empezaban a morir de sed y que los lagos artificiales que habían construido se habían quedado áridos como el desierto. Que en Lares se habían reunido todos los del pueblo para ver como se podría ayudar a los Hombres, y que uno de los más viejos del lugar les contó una historia, que él la tenía casi olvidada, sobre las piedras del agua. Así que entre todos se decidió que fuera yo el que viajara para recoger una de esas piedras y llevarla hasta la tierra de los Hombres para así acabar con la sequía.

—¿Qué es eso de las piedras del agua, que nunca he oído hablar de ellas? —preguntó extrañado, Agor.

—Las piedras del agua, según la historia que nos relató el viejo, —indicó Tahú— son unas pequeñas rocas que atraen al agua. Al igual que el imán atrae el hierro, estas atraen primero a las nubes y luego a la lluvia durante un período que varía de un día a varios meses, dependiendo del tamaño de la roca. Estas rocas se encuentran en las altas cumbres de las Montañas Picudas, allá donde habitan las águilas blancas, y que según dicen las historias, puedes ver desde alguna de esas cumbres un mar de nubes que cubre el suelo. Por eso me dirijo hacia las Montañas Picudas, sin pérdida de tiempo, para encontrar estas rocas y así intentar solucionar la sequía.

—Pues tu viaje ha de esperar —le explicó Agor— aquí hemos sufrido una tormenta que ha durado varios días, por lo que el río ha subido su caudal imposibilitando su paso. Si quieres te acompaño para comprobar en que estado se encuentra y ver cuando podrás cruzarlo.

—Te agradezco la compañía —le contesto Tahú—. Vayamos hasta allí y estudiaré la forma de cruzarlo.

Salieron los dos camino del río, mientras caminaban, Agor le fue contando una historia en la que el río, cierta vez, en una de sus crecidas, se llevó el puente que había muy cerca de donde ahora se encaminaban ellos.

Al llegar al río pudieron comprobar que había sufrido una gran crecida, de las más espectaculares de los últimos años, según comentó Agor. Tahú recorrió con la vista las dos orillas hasta donde la vista podía alcanzar, y comprobó que no habría forma de cruzar mientras el agua no bajara con menor fuerza.

Apenado por el retraso que esto supondría, pero contento pues podría pasar un día o dos con sus nuevos amigos, volvía Tahú cabizbajo por el camino hacia la cabaña, mientras Agor caminaba a su lado callado, respetando así la intimidad que parecía querer Tahú en estos momentos.

A su derecha, sobre el Bosque Sombrío, allá en el cielo, pudo ver una vez más el águila blanca que volaba formando círculos sobre el mismo sitio que la había visto el día anterior por dos veces.

Después de andar un buen rato, Agor rompió el silencio que les acompañó durante todo el regreso y comentó a su nuevo amigo:

—Te quedarás en nuestra casa hasta que el río se pueda volver a cruzar. En un par de días, creo yo, el río volverá a la normalidad. Esta parada te servirá para recuperar fuerzas y así podrás continuar tu viaje más fresco.

—Otra cosa no se puede hacer —contestó Tahú— os agradezco vuestra hospitalidad que acepto encantado.

Y no volvieron a decir nada más en el resto del camino.

Al llegar a la casa, Besi que estaba sentada en el porche, saliendo a recibirles les preguntó cómo estaba la situación. Agor le explicó lo que habían visto con pelos y señales, y también le contó que Tahú se quedaría en la casa hasta que el río le permitiera seguir su camino.

Como ya comenzaba a anochecer, Besi entró en la cabaña para preparar algunos manjares para la cena, mientras que Agor y Tahú descansaban de la caminata sentados en el porche.

Agor posó la mirada en el cielo, allá sobre el Bosque Sombrío, para comprobar si seguía volando por allí el águila blanca que había visto antes. No había rastro de ella, escudriñó el cielo por los alrededores pero no había dado con ella cuando Besi les indicó que pasaran a cenar.

Después de la cena, nuestros amigos algo más confortados, comenzaron a contarse historias hasta bien entrada la noche.

Los dos días siguientes pasaron rápidamente, pues el tiempo pasa veloz si te entretienes en algo. Por la tarde, como hicieran el día anterior caminaron hasta el río para ver el nivel de sus aguas.

Paseando por la orilla del río, Tahú buscaba con la vista algún paso que le pudiera servir para cruzar a la otra orilla. No es que no estuviera con agrado en compañía de nuestros amigos, al contrario, si pudiera se quedaría entre ellos unos cuantos días más, pero sabía que su viaje podía ser largo y en la tierra de los Hombres estaban esperando ansiosos su regreso, por lo que debía reanudar su camino sin más demoras.

Un poco más al sur, Tahú descubrió un tronco de árbol que caído sobre el río llegaba casi hasta la otra orilla, sólo tendría que andar sobre él y al final dando un gran salto estaría al otro lado.

Volvió donde se había quedado Agor y le dijo:

—He encontrado un tronco que sirve como si fuera un puente. Aunque no llega a la otra orilla, creo que con un salto se puede llegar. —Y tras una pausa, añadió—. Mañana seguiré mi camino.

Durante el regreso a la cabaña ninguno de los dos parecía querer hablar. Esto era por la tristeza que sentían sabiendo que al día siguiente se separarían para continuar cada uno con su destino. Durante la cena, que fue un auténtico banquete de despedida, los tres amigos charlaron animosamente hasta bien entrada la noche, aprovechando así las últimas horas que pasarían juntos hasta que, tal vez, en el camino de regreso, si éste pasaba cerca de aquí, volvieran a reunirse.

Con la salida del sol, Besi preparó un paquete con pan, un trozo de queso, algunos frutos secos y un pellejo con zumo de frutas silvestres para que Tahú lo llevara en el camino. Preparó un desayuno abundante que comieron entre una charla animada.

Desde el porche despedían a Tahú, que se alejaba lentamente, después de haberle colmado de buenos deseos para que triunfe en su cometido.

Mientras Tahú se aleja, Agor ve sobre el Bosque Sombrío al águila blanca, que volando en círculos, planea sobre la misma zona en que la había visto estos últimos días.

Casi antes de perder de vista a su amigo Tahú tras un recodo del camino, Agor le grito:

—Que la suerte te acompañe, amigo.

—Y a vosotros también —respondió Tahú, y dándose la vuelta levantó la mano dándoles un último saludo, añadió— hasta pronto amigos míos.

Capítulo 4

El águila blanca

UNA VEZ que Tahú se alejó por el camino, Agor se preparó para ir hasta los límites del Bosque Sombrío a recoger algo de leña. Realmente no es que hiciera falta, pero Agor quería aproximarse hasta los límites para desde más cerca alcanzar a ver, si era posible, porque se mantenía el águila durante tantos días volando por los alrededores.

Agor conocía una loma cercana, desde la cual podía divisarse parte del bosque como si se fuera un pájaro. Se encaminó hacia la loma con su paso rápido y decidido, mientras pensaba en la suerte que tenía Tahú por poder vivir aventuras en los tiempos tranquilos que corren. Muchos medianos le envidiarán por ser de los pocos que habrán viajado a remotos lugares y podrán contar historias de las aventuras que vivieron ellos mismos.

Mientras, bajo los círculos dibujados por el águila blanca, en el interior del Bosque Sombrío, se encontraba Ursu el mago, en un claro del bosque donde había pasado la noche. Su caminar a través del Bosque Sombrío se había hecho más lento y penoso de lo que él había supuesto al salir de Manlú.

Aunque el águila le indicaba desde el cielo el camino más fácil a seguir, la vegetación, que era muy espesa, no dejaba avanzar a la velocidad deseada. Había días que tan sólo se podían avanzar unos cientos de metros. Su caminar se dirigía siempre al sur, aunque en algunas ocasiones se veía obligado a dar un rodeo por encontrar una vegetación tan exuberante y dura que casi era impenetrable.

Ursu el mago, era un mago de luz, es decir, un mago de los que utilizan sus poderes sólo para luchar contra la oscuridad y el mal. Entre sus poderes se cuentan la capacidad de entenderse con los animales, ver parte del futuro en sus sueños y otros más comunes entre los magos. Conoce la astrología, la

medicina, la química y otras muchas ciencias. Habla y entiende casi todos los idiomas y dialectos que existen, por muy poco usados que estos sean en el mundo conocido. Proviene de Manlú, de donde partió hace ya varios días cuando un sueño le presagió que su presencia era necesaria en los países del sur.

Manlú es un pueblo situado en el interior del Bosque Sombrío y es conocido tan sólo por los magos. Este pueblo es la cuna de todos los magos de luz, en él nacieron y aprendieron de sus mayores, las artes y las ciencias que todo mago debe conocer. Entre ellos, Manlú es conocido, pero debido a su promesa de no descubrir su situación, para el resto de los habitantes de los países vecinos es totalmente desconocido, y ni tan siquiera han oído de la existencia de tal pueblo.

Ahora Ursu se encontraba muy cerca del límite exterior del Bosque Sombrío, pronto estaría libre de tanta vegetación y podría avanzar más rápida y cómodamente.

En una loma cercana fuera del bosque, ya en tierras despejadas sin tal aglomeración de vegetación como en el interior del mismo, pudo ver a un mediano que miraba expectante, sin moverse, en la dirección donde él se hallaba. No parecía haberle visto.

De repente observó como el mediano empezó a dar saltos. Movía sus brazos en forma de aspas, y acompañaba sus movimientos con un fuerte griterío. No había duda. El mediano había detectado su presencia.

Ursu levantando el brazo, saludó al mediano saltarín, y se dispuso a ir en su encuentro. Mientras, pudo ver al mediano bajar por la ladera de la loma en dirección al lugar donde él se hallaba.

Ya se encontraba Ursu fuera de los límites del bosque cuando llegó, casi sin aliento tras la carrera, el mediano que momentos antes brincaba en lo alto de la loma.

—Buenos días, —y tomando aliento añadió— yo soy Agor de Caibel.

—Buenos días tengas también tú. Yo soy Ursu el mago.

—Mi casa esta cerca de aquí. Si gustáis acompañarme, en ella podréis encontrar algo que llevarse a la boca y un lugar donde descansar —dijo Agor.

—Acepto encantado —contestó Ursu.

Comenzaron a caminar lentamente, aunque a Ursu le parecía ir increíblemente rápido, en dirección a la cabaña. Ursu extrañaba, después de tanto tiempo de encontrarse en el interior del bosque, la amplitud visual que podía disfrutar tanto como el poder caminar un paso tras otro sin tener que luchar con la vegetación.

Mientras caminaban hacia la cabaña, Agor, le explicó que se había acercado hasta la loma donde se vieron para ver si descubría porque volaba el águila por esa zona desde hacía ya unos días.

Ursu, le contó que el águila le acompañaba en su viaje y que la consideraba su más fiel servidor. Le explicó que él mismo la había salvado de una muerte segura cuando, con unos meses tan sólo, la encontró entre las zarzas, con un ala rota y liada entre los ramajes espinos en los que había quedado enganchada cuando al perseguir en su rápido, pero inexperto vuelo a un conejo que sí parecía saber bien como podía librarse del ataque de un águila. Cada vez que intentaba remontar el vuelo o intentaba arrastrarse para escapar de sus ligaduras, los espinos se hundían más en su cuerpo dolorido. Él la rescató de ese suplicio y la mantuvo en su casa durante varios meses hasta que estuvo totalmente restablecida. Desde entonces, según le siguió contando, el águila había permanecido a su lado acompañándole en todos sus viajes y además de hacerle una gran compañía le ayudaba en todo lo posible.

Ya estaban llegando a la casa, cuando el águila se posó en una roca cercana, desde la que se podía ver perfectamente la cabaña de Agor. Estiró una de sus alas mientras con el pico parecía peinar su plumaje blanco.

Al llegar a la cabaña, Agor, llamando a Besi, abrió la puerta e invitó al mago a pasar. Después de las presentaciones pertinentes se sentaron a la mesa delante de una gran fuente de fruta.

Agor se interesó, por la procedencia del mago, el cual le indicó que provenía de un pueblo situado muy al oeste del lugar donde se encontraban ahora.

Besi sacó unas jarras de zumo de frutas y se sentó a la mesa para examinar más detenidamente al extranjero.

—Es curioso que no siendo éste un lugar de paso habitual de viajeros, sea el segundo que pasa por aquí en estos días —pensó Besi.

Ursu les contó que la tormenta le había cogido dentro del Bosque Sombrío, por lo que tuvo que mantenerse parado allí los cinco días que duró. Les contó, exagerando, que el Bosque Sombrío era impenetrable debido a su espesa vegetación, que no era un lugar seguro por lo que en cuanto pudo salió de él.

—¿Para qué entrastes en el Bosque Sombrío? —le preguntó Agor.

—Me interné en el Bosque Sombrío para buscar unas plantas medicinales que sólo allí crecen —mintió Ursu para así no descubrir su verdadera procedencia.

—¿A qué se debe tu viaje hacia el este? —pregunto interesada Besi.

Y echándose hacia delante, con los codos apoyados en la mesa como queriendo hacer más íntima la conversación, Ursu les contó que en uno de sus sueños había visto como en la tierra de los Hombres faltaba el agua, y como un mediano emprendía un viaje en busca de una solución para el problema. Les comentó que en su sueño había visto como el mediano no lograría su objetivo si no era ayudado en las mil aventuras que iba a vivir. Así pues, él mismo había decidido salir en su busca y ayudarle en lo que pudiera para llevar a buen fin, si esto era posible, tan noble aventura.

Agor, con los ojos muy abiertos, sin poder ocultar su asombro dijo balbuceante:

—Le hemos visto. Le conocemos. Estuvo aquí.

—¿Hacia dónde se fue? ¿Cuándo? ¿Cómo se llama? —Preguntaba muy deprisa y demostrando impaciencia el mago Ursu.

—Esta mañana partió. Cogió el camino que lleva al este. Su nombre es Tahú de Lares. Él mismo nos contó la historia que nos habéis contado ahora. Nos dijo que se dirigía a las Montañas Picudas en busca de las piedras del agua para llevar una de ellas a la tierra de los Hombres —decía entrecortadamente Agor.

—No hay tiempo que perder —agregó Ursu— debo de partir de inmediato en su busca.

Agor que seguía impresionado con lo que acababa de suceder, no pudo contenerse y pensando en voz alta dijo:

—Él no le conoce. Tal vez se le escabulla en algún pueblo. Yo si le conozco. Yo también debería ir en su busca si admiten mi compañía —y miro a Besi a los ojos buscando su bendición.

—Os prepararé algunos víveres para el camino —dijo Besi mientras abría la alacena y una lágrima recorría su mejilla.

—Estaré encantado de tenerte como compañero de viaje, y estoy seguro que será bueno para todos el que nos acompañes en tan gran aventura —dijo Ursu.

Capítulo 5

La partida de Agor

RÁPIDAMENTE, Agor cogió algo de ropa colocándola en un saco de tela que tenía. No se lo podía creer, él iba a viajar junto a un mago para juntos correr quien sabe cuantas aventuras. Se encontraba en un estado de excitación que nunca había experimentado. A la cabeza le venían muy rápidamente miles de escenas sobre las historias que había oído a lo largo de los años.

Al momento, Agor, pareció entristecer clavando sus ojos en Besi que estaba preparando una bolsa con víveres. Se sintió culpable por dejarla sola durante el tiempo que durara el viaje; por haber tomado la decisión sin, tan siquiera, contar con ella; por dejarla con todo el trabajo que supone el huerto en esta época del año. Se sintió culpable y triste y acercándose hasta ella le dijo:

—Perdóname Besi, tenía que hacerlo. Sabes que siempre me han entusiasmado las aventuras. Nunca pensé que yo pudiera llegar a ser el protagonista de una de esas historias y al presentarse así, de repente, no me paré casi ni a pensar y sólo supe reaccionar como has visto.

—No tengo perdonarte —contesto Besi—. Cuando el mago comenzó a narrar su sueño sabía que te irías con él. No debes preocuparte por mí. Yo estaré bien, mi hermana vendrá a vivir conmigo mientras dure tu viaje. El que se tiene que cuidar mucho eres tú, que vas a correr mil aventuras por terrenos desconocidos.

Tenían ambos los ojos llenos de agua cuando, fundiéndose en un abrazo, Agor le dijo:

—Te quiero Besi. Tu recuerdo me acompañará en mi viaje y tu amor me dará fuerzas cuando éstas me falten. Te quiero.

—Te quiero —contesto Besi—. Cuídate, sabes que espero ansiosa tu regreso.

Ursu salió de la cabaña dejando a nuestros amigos unos minutos de intimidad para que pudieran despedirse. Llamo al águila con un fuerte silbido la cual se acercó volando hasta posarse sobre el brazo del mago, que le indicó que volviera a Manlú e informara de lo acaecido hasta estos momentos y que más tarde se reuniera con ellos en las Montañas Picudas.

El águila extendió sus alas y batiéndolas, alzó el vuelo. Se mantuvo unos momentos en la vertical sobre la cabaña haciendo unos giros a modo de despedida, tras los cuales, enfiló con dirección al norte, emprendiendo así el vuelo hacia Manlú.

Ursu llamó a la puerta de la cabaña y dijo:

—Siento que tenga que ser así pero tenemos que partir lo antes posible. El tiempo no juega a nuestro favor, y hay que encontrar a Tahú, a ser posible, antes de que llegue a las Montañas Picudas.

—Ya estoy listo —contestó Agor.

—Aquí tenéis alimentos para varios días, y aquí os he colocado algunas vendas y ungüentos —dijo Besi y pensó para sí— espero que no los necesiten ninguno de ellos.

La despedida fue dolorosa. Entre abrazos y buenos deseos no encontraban el momento de partir. Agor y Besi, cogidos de la mano, se miraban a los ojos sin decir palabra. Con la mirada ya se decían bastante. Agor con un esfuerzo indescriptible soltó las manos de Besi y sin poder contener las lágrimas de sus ojos le dijo:

—Adiós. Cuídate. Te quiero.

Y Besi contesto.

—Hasta pronto. Que la suerte os acompañe. Te quiero, no lo olvides. Cuida de ti y de tus compañeros, y volved todos triunfantes de la aventura que vais a comenzar.

Agor, dándose la vuelta, comenzó a caminar alejándose por el camino que lleva hacia el este dejando la cabaña a su espalda, con sus ojos encharcados y su corazón aprisionado por la emoción del momento.

Y después de despedirse de Besi, Ursu le siguió.

Allí quedaba Besi, de pie bajo el porche, viendo como Agor se alejaba por el camino por donde, hacía tan sólo unas horas, se había ido Tahú.

Allí estuvo parada, con la vista fija en el camino, hasta bastante tiempo después de que nuestros amigos desaparecieran tras un recodo.

Capítulo 6

El camino hacia las montañas

EN LAS PRIMERAS HORAS del viaje fueron muy callados. Andaba Agor unos metros delante de Ursu, con la mirada al frente como mirando el futuro, pero su pensamiento estaba con Besi.

Al llegar al río buscaron el tronco que Tahú habría utilizado para cruzar a la otra orilla y que el día anterior le dijo que se hallaba más al sur.

El tronco caía desde la orilla en que se encontraban nuestros amigos hasta algo más de la mitad del río pero no llegaba a alcanzar la orilla opuesta.

—Habrá que saltar —dijo Ursu.

Y sin pensárselo dos veces, caminó por el tronco hasta que al llegar al otro extremo se dió un gran impulso. Saltó por los aires alcanzando holgadamente la otra orilla. Inmediatamente Agor le siguió, pero el salto de éste no fue tan holgado y aterrizó con los pies dentro del agua, justo en la orilla. Lo cual hizo que ambos se echaran a reír.

—Buen salto para un mediano —dijo Ursu entre risas, mientras andaban por la orilla hacia el norte en busca del camino.

Ya estaba próxima la noche cuando los viajeros decidieron acampar junto a unas rocas que estaban próximas al camino. El día había sido especialmente intenso para Agor, se encontraba bastante cansado pero ilusionado con el viaje.

Caía sobre ellos la oscuridad de la noche cuando, sentados frente al fuego, se disponían a tomar algún refrigerio que les ayudara a recuperar fuerzas. Entonces Ursu tomando la palabra le dijo a Agor:

—Estoy muy contento de que hayas decidido acompañarnos en este viaje, verás como nunca te arrepentirás de haber tomado tal decisión. Siempre

recordarás las aventuras que vamos a vivir y creerás revivirlas cada vez que las cuentes. Ya lo verás.

—Encantado y sorprendido estoy de la oportunidad que se me ha presentado y que no podía dejar escapar. Nunca podía haber pensado que yo pudiera emprender un viaje de aventuras, o mejor dicho que pudiera algún día viajar por el país acompañado por un mago para vivir juntos no se sabe que aventuras —contesto Agor.

—Aventuras correremos, puedes estar seguro de ello, pero no dudes de que peligros también encontraremos. El viaje nos deparará mil sorpresas que tendremos que encajar y solucionar de la mejor manera posible y siempre teniendo bien presente la importancia de la misión que voluntariamente hemos aceptado —añadió Ursu.

Agor se quedó pensativo. Hasta ahora no había sido plenamente consciente de la responsabilidad que recaía sobre él al aceptar ser un viajero más en un viaje donde lo más importante es el éxito de la misión encomendada. La misión era el principal motivo de este viaje y cualquiera de ellos tendría que estar dispuesto a pagar un alto precio ésta llegara a buen fin.

A la mañana siguiente se levantaron con el sol. Tomaron algunas frutas, y apagando bien los rescoldos del fuego que les había acompañado toda la noche, emprendieron la marcha con el deseo de dar alcance hoy a Tahú de Lares.

El camino que llevaban era de una tierra muy fina y a cada paso levantaba una nube de polvo. El campo, con poca vegetación, era casi llano, sólo unas pequeñas lomas le separaban del límite del Bosque Sombrío donde la vegetación era exuberante. El camino en su avanzar durante muchas millas parecía querer jugar acercándose y alejándose de los límites del bosque. A lo lejos se apreciaban, cada vez más claro, un grupo de casas. Sin duda estaban llegando al primer pueblo que había en el camino. Ambos pensaron que allí, tal vez, les podrían dar noticias de Tahú.

Después de caminar más de lo que parecía cuando apreciaron las casas a lo lejos, llegaron al pueblo bastante cansados.

Era un pueblo pequeño. Seis edificaciones en torno a una pequeña plaza era todo lo que se podía apreciar a simple vista. La plaza, casi desnuda, tenía unos troncos colocados en círculo a modo de bancos, donde en éstos momentos se encontraban los habitantes reunidos en lo que parecía una asamblea. Los viejos que forman el consejo de la asamblea, estaban sentados en el círculo rodeados del resto de los habitantes. Desde el centro del círculo, de pie, hablaba un joven sobre la construcción de una nueva casa para él y su

nueva familia. El joven al verles aparecer en la plaza, cesó en sus explicaciones y paso a darles la bienvenida en nombre de todo el pueblo. El círculo se rompió abriéndose hacia donde habían aparecido nuestros amigos y les invitaron a sentarse con ellos.

Entre cordiales bienvenidas y presentaciones fueron apareciendo bandejas con las más exquisitas variedades de frutas que podían encontrarse en los alrededores. Las jarras de zumo y asac se vaciaban casi al momento de aparecer. La tarde comenzaba a dar paso a la noche. El fuego que habían encendido en el centro del círculo producía suficiente luz y calor para continuar con la fiesta.

Después de enterarse de que Tahú había pasado la noche anterior en este pueblo, nuestros amigos se dedicaron a uno de sus pasatiempos preferidos, hablar con la gente. Se interesaron por las historias del pueblo, las costumbres locales y todo aquello que pudiera ser interesante. También les contaron algunas historias que no conocían y que les habían puesto los pelos de punta.

Ya era muy tarde cuando todos se retiraron a descansar. El fuego casi había acabado con toda la leña que tenían almacenada. No en vano habían sido dos noches seguidas de fiesta trasnochadora para dar la bienvenida a los extranjeros que habían llegado.

Por la mañana, ya con el sol en lo alto, después de las oportunas despedidas, salían nuestros amigos del pueblo camino de las montañas con la esperanza de acortar la distancia que les separaba de Tahú.

El camino se hacía pesado debido, tal vez, a no haber dormido las horas necesarias. Ahora andaban por una senda pedregosa que, sin ser fuerte la subida, ascendía poco a poco pero constantemente, lo que hacía notar más el cansancio. Caminaban uno detrás del otro, callados, con la vista en el frente donde se podían ver las primeras cumbres de las Montañas Picudas.

Casi a mediodía hicieron un alto para recuperar fuerzas y comer alguna vianda.

—Esta tarde debemos aprovechar al máximo la luz y seguir el camino mientras podamos ver. Así, espero, reduciremos la distancia que nos separa de nuestro amigo —dijo Ursu.

—Creo que si caminamos todo el día recortaremos bastante la distancia, pues pienso que él experimentará el mismo cansancio que nosotros y parará a descansar cuando empiece a anochecer —añadió Agor.

Rápidamente, después de haber tomado algunos alimentos continuaron la marcha. Se colocó delante Agor, comenzó a caminar con un paso rápido y decidido, como era su costumbre. Esto animaba al mago que le seguía muy de

cerca y avanzaban, al parecer, más rápido que durante toda la mañana. No se detuvieron ni bajaron el paso en ningún momento hasta que pararon porque ya no veían ni tan siquiera el suelo.

Encendieron fuego, comieron alguna cosa y se dispusieron a dormir satisfechos con lo que habían andado.

Aún no había salido el sol cuando nuestros amigos reemprendían el camino. Agor volvió a colocarse el primero para ir marcando el ritmo con su rápido caminar. Ursu le seguía de cerca, aunque ello suponía un gran esfuerzo para el mago. Así, casi sin hablar, avanzaban rápidamente acercándose cada vez más a su destino.

La tarde trascurrió igual que la mañana, aunque tuvieron que hacer una parada a causa de un calambre que le dió a Ursu en una pierna.

Ya casi estaba anocheciendo cuando divisaron, no muy lejos de donde se hallaban, la luz de varias hogueras, lo que les hizo suponer que sería un pueblo. Decidieron seguir caminando ayudados por las lámparas que llevaban con ellos hasta llegar al pueblo donde probablemente, pensaban ambos, encontrarían pasando la noche a su amigo Tahú de Lares.

Era muy tarde cuando llegaron a una explanada bordeada por tres pequeñas casas. En el centro de la misma se encontraban, alrededor de una gran hoguera, los habitantes del lugar que asustados al ver las luces que se acercaban por el camino les miraban expectantes.

—Buenas noche tengáis todos —grito Ursu mientras se acercaban hacia la luz para que les pudieran ver bien.

—Buenas noches tengáis vosotros —contesto uno de los que allí estaba.

—¡Agor! ¡Agor de Caibel! ¿Pero ciertamente eres tu amigo mío? —Le dijo, levantándose, Tahú de Lares.

Se saludaron efusivamente, hubo las presentaciones de rigor, les invitaron a sentarse junto al fuego y a compartir su comida.

Agor le contó lo que había sucedido tras su marcha y como habían viajado estos últimos días con la esperanza de alcanzarle.

Era tarde, el esfuerzo realizado en los últimos días para dar alcance a Tahú se hacía notar.

Cuando se retiraban a dormir Agor pensó:

—Por fin los tres juntos. Ahora sí que pueden comenzar las aventuras.

Capítulo 7

Las Montañas Picudas

Y A POR LA MAÑANA pudieron ver que el pueblo donde se encontraban estaba situado al pie de los primeros montes que formaban las Montañas Picudas.

En el pueblo les informaron que aquello que decían de las piedras del agua lo recogían las historias que les contaban sus mayores, pero en contra de lo que contaba la historia narrada por Tahú sus historias, decían que dichas piedras podían hallarse más allá de las Montañas Picudas, en un monte solitario que se encuentra al otro lado de un gran lago.

Después de tomar algunos alimentos y escuchar algunos consejos e indicaciones para atravesar las Montañas Picudas, nuestros amigos partieron hacia el este contentos por encontrarse los tres juntos.

El camino serpenteaba por la ladera de una montaña cubierta de altos pinos y que iba subiendo poco a poco hacia la meseta desde donde se alzaban los picos más altos. A cada paso se podía ver como la vegetación estaba invadiendo el camino que iba estrechándose cada vez más, llegando incluso a desaparecer en algún momento.

A pesar de correr una brisa fresca y avanzar bajo la sombra de los pinos, el camino era fatigoso. Nuestros amigos tuvieron que parar varias veces para recuperar fuerzas.

Faltaban unas horas para que llegara la noche cuando alcanzaron, ya en la meseta, una explanada que aunque no muy grande casi no tenía pendiente. Como los tres estaban exhaustos decidieron acampar allí mismo y dar por terminada la jornada.

Con gran esfuerzo, Agor y Tahú recogían algo de leña para el fuego que estaba encendiendo Ursu y que les serviría para calentarse en la noche ya que

aquí, en las montañas, la temperatura alcanza durante esas horas cotas muy bajas.

Aún se veía el sol, cerca ya del horizonte, cuando nuestros amigos algo más descansados se sentaron junto al fuego a disfrutar de una abundante cena.

Pasaron la noche tranquila, habían dormido tan profundamente que ni tan siquiera se habían vuelto a acordar del fuego. Fue al despertarse cuando al sentir frío comprendieron que habían dejado que se apagara. Ursu fue el primero en levantarse y rápidamente encendió una hoguera que todos agradecieron.

Ya desayunando junto al fuego y después de haber entrado en calor fue Ursu el que tomando la palabra les dijo:

—Ha sido un gran descuido el dejar que se apagara. Si esto nos llega a suceder en las grandes alturas podríamos haber muerto helados mientras dormíamos. En lo sucesivo deberíamos hacer turnos para cuidarlo durante la noche.

—También nos podían haber atacado las bestias —dijo Tahú.

—De acuerdo —contestó Agor—. A partir de esta noche y mientras estemos en las montañas o en algún lugar donde creamos que es conveniente, haremos turnos para cuidar del fuego y vigilar para no ser atacados por ningún animal.

—Deberíamos andar menos horas cuando el camino sea tan duro y así poder dosificar nuestras fuerzas mejor —comentó Tahú.

—Por otro lado es conveniente cruzar las montañas lo más rápido posible y así bajar las posibilidades de ser sorprendidos por alguna tormenta allá arriba —añadió Agor.

—Bien. Debemos partir sin demora —apuntó Ursu.

Y dicho esto se levantaron, recogieron sus pertenencias, apagaron el fuego y emprendieron nuevamente el camino.

Unas horas más tarde, iban caminando entre los pinos cuando a su derecha oyeron unos ruidos extraños, gruñidos tal vez, que parecían salir de un grupo de maleza que había a escasos metros de ellos. Asustados soltaron sus bolsas y corrieron hasta un árbol donde pudieron subirse. Desde lo alto y sintiéndose allí más seguros miraban asombrados como de la maleza salía un gran jabalí con la piel muy clara, casi blanca, y pasaba justamente por donde ellos se encontraban cuando escucharon los ruidos. El jabalí estuvo merodeando por allí unos minutos, revolvió entre las bolsas que habían abandonado y después se perdió entre la maleza.

A pesar de que ya no se oía ningún ruido, aún tardaron un rato en bajarse del árbol al que se habían subido. Una vez en el suelo corrieron a recoger sus bolsas y pudieron comprobar que el jabalí no había producido ningún daño en sus equipajes. Tuvieron la gran suerte de que Agor no había soltado la bolsa de los alimentos, sinó ésta sí que hubiera sido devorada por el jabalí.

Siguieron caminando por lo que parecía una senda, ya que lo que podríamos llamar camino se perdía en la explanada donde habían pasado la noche. En la ascensión iban buscando un paso por donde atravesar con las menores dificultades las cimas nevadas que se levantaban ante ellos.

Cuanto más subían las rocas iban ganando terreno, los árboles aparecían cada vez más escasos y la vegetación se iba limitando a unos matorrales bajos en los que se les enganchaban los pies. La senda que seguían hacía rato que había desaparecido totalmente por lo que caminaban por la ladera empinada, pisando con cuidado para no escurrirse con las piedras sueltas ni engancharse en algún matorral, sin más guía que el rumbo que ellos mismos se marcaban para poder pasar al otro lado sin pasar por la cima.

Entre las rocas encontraron una cueva no muy grande en la que podrían pasar la noche protegidos del viento y de los animales. Con toda cautela, Agor acompañado de Ursu, penetraron al interior de la cueva mientras Tahú quedándose en el exterior vigilaba que no hubiera algún animal en las proximidades. Comprobaron que estaba vacía y no parecía haber indicios como suciedad, resto de animales devorados, o algo que indicara la posibilidad de que estuviera habitada por algún animal aunque en esos momentos no se encontrara allí.

Dejaron sus bolsas en la cueva y se dedicaron a recoger la leña necesaria para pasar la noche. La leña por esas altitudes ya era escasa y prácticamente se limitaba a matorrales secos y algún pequeño tronco de árboles jóvenes que, no pudiendo aguantar un invierno demasiado crudo, murieron y más tarde el viento los derribó diseminando los pedazos por la ladera.

Se instalaron en el interior de la cueva e hicieron la hoguera muy cerca de la entrada para que el humo saliera al exterior donde las temperaturas habían comenzado a descender muy deprisa. El fuego calentaba e iluminaba toda la cueva lo que la hacía muy acogedora.

Durante la cena se repartieron las vigilancias que habían acordado realizar durante la noche y avisar a los compañeros si se acercaba demasiado algún animal. Esta noche Agor iba a comenzar con las guardias durante el primer tercio, el segundo tercio le correspondería a Tahú y el tercero y último a Ursu.

Habían decidido ir rotando diariamente los turnos para así ir variando el horario de cada uno.

Agor se encontraba cerca de la entrada, junto al fuego, mientras sus compañeros dormían profundamente en la parte más profunda de la cueva. El fuego, aunque pequeño, inundaba de calor toda la cueva en la que había hecho subir los grados de forma extraordinaria.

Fuera silbaba el viento y la temperatura seguía bajando.

La noche transcurría en la máxima tranquilidad hasta que casi al amanecer, estando Ursu de guardia, la cueva tembló sacudida por un fuerte terremoto. El temblor vino acompañado de un gran estruendo que parecía emanar de las profundidades de la tierra.

El ruido hizo despertarse sobresaltados a los dos medianos que desde el fondo de la cueva sólo tuvieron tiempo de ver como se abrió una grieta bajo los pies de Ursu haciendo que éste desapareciera.

Asustados corrieron hacia la grieta y tumbándose junto al borde y asomando la cabeza mirando hacia abajo no vieron ni rastro de su amigo Ursu, ni tan siquiera podían ver el fondo.

—¡Ursu! —gritó Agor.

—¡Ursu!, ¡Ursu! —le llamaba Tahú.

No hubo ninguna respuesta.

Tiraron una piedrecita para averiguar la profundidad que podía tener la grieta, ésta cayó rebotando en las paredes durante bastante tiempo por lo que dedujeron que debía tener mucha profundidad.

Ambos se miraron sorprendidos, sin saber que hacer ni que decir, todo había transcurrido tan deprisa.

Agor rompió el silencio y dijo:

—Salgamos de la cueva rápidamente y una vez fuera estudiaremos lo que se puede hacer. Si nos quedamos aquí dentro podemos quedar sepultados.

Recogieron a toda prisa sus cosas y salieron de la cueva. Fuera estaba comenzando a amanecer, hacía un frío intenso y el viento aunque débil llegaba hasta los huesos.

Los temblores parecían haber parado.

Capítulo 8

En busca de Ursu

HACÍA YA UN RATO que no temblaba la tierra. Ya podía verse con claridad aunque el sol quedara oculto detrás de la montaña.

Nuestros amigos, abrigados con unas mantas, estaban sentados junto a la boca de la cueva mirando, con los ojos llorosos, hacia el lugar donde había desaparecido su compañero. Todavía no se podían creer lo que había sucedido.

Habían decidido bajar con ayuda de las cuerdas hacia las profundidades por la grieta donde había desaparecido Ursu. No sabían cuánto tendrían que bajar y ni tan siquiera si luego lograrían salir, pero estaban decididos a buscar a su compañero hasta dar con él.

Se ataron las linternas a la muñeca para evitar así perderlas por accidente. También se ataron al cuerpo las bolsas que llevaban con ellos. Las cosas de Ursu las repartieron entre los dos para compensar los pesos y guardaron su bolsa dentro de la de Agor para que cuando le encontraran poder restablecer su equipaje.

Se amarraron cada uno en un extremo de una cuerda a la altura de la cintura quedando unidos por ella. Así, si uno de los dos caía, el otro podría aguantarle. Aunque existía el peligro de ser arrastrado con el compañero, Agor y Tahú preferían asumir el riesgo ya que ambos tenían un peso similar y pensaban que en caso de que alguno resbalase el otro podría sujetarle.

El principio del descenso fue muy duro. Las paredes de la grieta tenía unas afiladas aristas que cortaban sus manos al asirse en las rocas.

Una decena de metros más abajo la pared se convertía en un superficie lisa pero atravesada longitudinalmente por unas grietas pequeñas donde apoyaban las manos y los pies. Más tarde fue perdiendo su verticalidad hasta

que la grieta quedo casi en sentido horizontal, como si fuera un túnel que buscaba las entrañas de la montaña, la distancia entre las paredes, que ahora hacían de suelo y de techo, era más que suficiente para ir de pie.

Avanzaron lentamente por el túnel hasta llegar a lo que podríamos llamar una gruta natural plagada de estalactitas y estalagmitas que en algunas ocasiones llegaban a unirse formando columnas de formas muy curiosas. La falta de luz les hacía incapaces de calcular el tiempo que hacía que iniciaron el descenso por la grieta. Pero aún sin saber en que hora del día se encontraban, lo que sí era cierto es que notaban en su cuerpo un cansancio que les invitaba a detenerse para descansar y tomar un bocado.

Sentados a la entrada de la gruta a la que habían llegado, comieron con gran apetito mientras observaban maravillados el espectáculo que ofrecía cualquier rincón donde posaran sus ojos. Las gotas de agua colgaban en la punta de las estalactitas reflejando de unas a otras la luz de las linternas y esparciendola por toda la bóveda dando a la gruta una luz tenue, algo misteriosa, que iluminaba todo su volumen y produciendo algunos destellos de mayor intensidad aquí y allá.

Se dieron cuenta de que aunque el ambiente se notaba húmedo y que por las paredes podía verse correr lentamente agua, la temperatura de que disfrutaban en el interior de la montaña era muy cálida, y que corría una brisa fresca pero agradable a lo largo de los pasillos que parecía traer aire renovado desde el exterior.

El silencio que imperaba, sólo roto por el leve y monótono ruido que producían las gotas de agua, y la tenue luz les hizo relajarse con lo que el cansancio afloró de golpe produciéndoles un sopor al que era difícil resistirse. El sueño les venció casi a la vez.

Agor despertó sobresaltado, no sabía cuánto había dormido, la luz no ayudaba a calcular el tiempo que había transcurrido pues mantenía la misma intensidad que cuando llegaron. Vió a Tahú que dormía profundamente tumbado a unos metros de él. Recorrió con la vista las paredes de la sala hasta donde alcanzaba a ver con claridad buscando pasillos que desde allí partieran y que pudiera haber tomado Ursu en el caso de que hubiera llegado hasta allí.

—Me quede dormido —dijo Tahú al despertar.

—Los dos dormimos profundamente. No sé cuánto tiempo llevamos en el interior de la montaña, he perdido la noción del tiempo. No sé si en el exterior será de día o de noche —contestó Agor.

—Eso no tiene demasiada importancia aquí dentro —siguió diciendo Tahú—. Continuaremos el camino hasta que el cansancio nos obligue a

descansar, comeremos cuando sintamos hambre y dormiremos cuando nos venga el sueño.

Recorrieron la sala revisando las posibles salidas que ésta tenía. Donde partía un pasillo amplio descubrieron, grabada en el suelo, lo que parecía una flecha que señalaba hacia el interior del corredor.

—Esta marca hace pensar que Ursu ha pasado por aquí y que se encuentra bien. Debió de hacerlo pensando que le seguiríamos —dijo contento Agor.

—Sigamos adelante —asentó Tahú entrando decidido al corredor que desde allí partía hacía no sabían dónde.

Después de caminar mucho tiempo, ambos se encontraban muy cansados, pues andar por un pasillo estrecho, sin otra vista que las propias paredes y sin discernir el final, es un ejercicio que cansa mucho tanto física como mentalmente. Decidieron detenerse un rato para reponer fuerzas. Comieron y se abandonaron al sueño que les inundaba.

Mientras notaba como las fuerzas le abandonaban dando paso al sopor placentero del sueño, Agor pudo ver como dos enanos, no más altos de tres cuartas, les observaban en silencio. Inmediatamente, Besi traspasó la puerta, le preguntó si se encontraba bien, y cogiendo una cesta volvió a salir cerrando la puerta con un fuerte portazo. Agor dió un respingo y se despertó.

Miró a su alrededor como para cercionarse de que todo había sido un sueño. No había ni rastro de los enanos y por supuesto Besi no había estado allí.

—Ciertamente fue un sueño —se dijo a sí mismo. Y pensando en Besi cerró los ojos y se durmió.

Más tarde despertaron y continuaron caminando por el túnel hasta un punto donde éste se dividía en dos. Miraron por el suelo y las paredes en busca de alguna señal que les indujera a tomar una elección. No hallando ningún indicio, tomaron el camino de la derecha.

Después de un largo rato llegaron a un punto donde el túnel se acababa bruscamente, como si los que hicieron éste hubieran decido no seguir cavando. En la pared del fondo se podían distinguir los arañazos producidos en su construcción por los picos al chocar contra la roca, también se veían grabadas dos líneas paralelas que corrían a todo lo ancho de la pared. Decepcionados volvieron sobre sus pasos hasta la bifurcación y una vez allí tomaron el camino de la izquierda.

No habían andado mucho cuando con gran extrañeza comprobaron que éste estaba cortado. También aquí podían distinguirse las marcas dejadas por los picos.

—Hay que regresar hasta la caverna —dijo Agor—. Allí cogeremos otro camino con la esperanza de que sea el bueno.

—No entiendo porque estaba la flecha en la entrada de este túnel —decía Tahú—. ¿Tendrá relación la flecha con las líneas paralelas que vimos en el otro?

—¿Qué relación pueden tener? —preguntó Agor.

—Tal vez si... Volvamos rápidamente hasta allí, tengo una idea que me gustaría comprobar —contestó Tahú.

Y volvieron a desandar lo andado. Llegaron al final del túnel de la derecha cansados. El regreso lo habían hecho a un paso rápido y en silencio. Agor se sentó mientras Tahú miraba como maravillado la pared y decía como pensando en voz alta:

—Claro... ¿Cómo no caí antes?... Esto es una maravilla...

—¿Pero me puedes explicar? —preguntó Agor.

—Perdona —contestó Tahú—. Esto que ves aquí es una puerta. Para abrirla sólo hay que empujar aquí y...

La roca comenzó a moverse lentamente hacia un lado produciendo un gran estruendo.

Capítulo 9

Un extraño pasillo

UNA VEZ QUE LA ROCA dejó libre el camino podía verse como el túnel se transformaba en un pasadizo donde las paredes estaban decoradas y el suelo enlosado.

Agor ya se había puesto en pie al comenzar a moverse la roca sorprendido con lo que estaba pasando, pero más extrañeza le producía lo que ahora aparecía ante sus ojos.

Pasaron al otro lado de la puerta mirando absortos los dibujos que decoraban las paredes. Unos pasos más adelante, al pisar una baldosa, comenzó de nuevo el ruido que antes acompañó a la puerta pero ésta, ahora, se cerraba.

Una vez quedó cerrada a sus espaldas, no les quedaba más que seguir el pasillo adelante y descubrir que misterios se les desvelarían en el futuro.

—Deberíamos descansar un poco antes de continuar este camino que no sabemos que aventuras nos deparará —dijo Tahú.

—Me parece bien —contestó Agor—. A mí me pesan las piernas y tal vez, no lo podamos hacer mucho hasta salir de aquí.

Después de reposar unas horas continuaron caminando por el corredor. Unos pasos más adelante acababan los dibujos de la pared aunque el suelo si seguía enlosado.

Habían andado durante varias horas, cuando desembocaron en una sala iluminada por decenas de velas. Las paredes lucían dibujos parecidos a los que vieron tras la puerta del túnel, una gran mesa llena de apetitosos manjares ocupaba el centro, mientras que pegada a la pared del fondo podía distinguirse otra mesa, ésta con botellas, vasos y utensilios para comer.

No se veía a nadie y el silencio era total. Podían verse humear algunos platos calientes encima de la mesa.

—¿Dónde nos hemos metido? —pregunto Tahú.

—No lo sé. Parece dispuesto para un banquete —dijo, muy bajo, Agor.

—Ssss —siseo Tahú— parece que viene alguien.

Al no ver sitio alguno donde poder esconderse se quedaron inmóviles. Sólo podía apreciarse un ligero temblequeo en las piernas de ambos. Allí mismo, con la vista posada en la puerta que había a su derecha, esperaron a ver que les traía el clamor, cada vez más audible, que tras élla se escuchaba. Se abrió la puerta dando paso a varios seres que, aunque parecían ser medianos, su altura era algo superior a lo que ellos estaban acostumbrados a ver.

Los que acababan de entrar en la sala, sorprendidos de encontrar a dos extraños, dieron un paso atrás y quedando inmóviles les miraron en completo silencio sin saber como reaccionar. Parecían esperar una explicación.

—Buenas tardes —acertó a decir Agor, pues parecía que le iba a salir el corazón por la boca— lamentamos encontrarnos en esta situación.

—¿Podíais decirnos quiénes sois y cómo habéis llegado hasta aquí? —le preguntó uno de los que encabezaba el grupo.

—Yo soy Tahú de Lares, y él, mi compañero, Agor de Caibel —le contestó—. Llegamos por ese pasillo —siguió diciendo—. Venimos desde el exterior en busca de un amigo que cayó en una grieta abierta por el terremoto. Bajamos en su busca y siguiendo por los tuneles llegamos hasta aquí.

—Dejad las explicaciones para luego, —le cortó el más alto, desde detrás del grupo— pareceis gente de bien. Ahora acercaros y comer que de bien seguro debéis estar cansados y hambrientos.

—Gracias, dejad que os diga que estamos encantados de encontrarnos entre vosotros —le contestó Agor que ya se encontraba más tranquilo.

—Bienvenidos a la Ciudad de Piedra —añadió el más alto.

Se colocaron de pie alrededor de la mesa y moviéndose de un lado a otro, sin separarse mucho de ella para alcanzar bien los alimentos, iban comiendo y charlando. Entre bocado y bocado se fueron presentando. Todos mostraban mucho interés por la procedencia de nuestros amigos y el motivo de su viaje, pero nadie parecía saber nada a cerca de Ursu, cosa que a ellos, era lo que más les importaba en esos momentos.

En otras circunstancias, la conversación hubiera ido por otros derroteros y hubieran estado encantados de mantener una animosa charla.

Cuando todos parecían sentirse satisfechos, uno de ellos tomó la palabra e invitó a nuestros amigos a pasar a una sala contigua donde, poco a poco, todos fueron acomodándose en una especie de escalones acolchados que cubría de lado a lado una de las paredes. Frente a éstos, se sentó el más alto en una especie de trono construido con el mismo material, acompañado de otros dos medianos que se sentaron a su lado.

Un mediano, desde el centro de la sala, pidió silencio a los presentes, e invitó a que uno de nuestros amigos saliera hasta donde él estaba para contarles el motivo de su presencia.

Fue Agor el que salió y tomando la palabra les explicó el porqué de su viaje, de como se habían reunido los tres amigos, y como, al llegar a las Montañas Picudas, Ursu había desaparecido bajo sus pies con el temblor de tierra. Les contó como bajaron por la grieta con la esperanza de encontrar a su amigo, fue narrándoles todo tipo de detalles de lo que habían visto en el interior de la montaña, y de como habían abierto la puerta encontrando el pasillo que les había llevado hasta allí. Y para terminar añadió:

—Os agradecemos la hospitalidad con que nos habéis recibido, y me vais a perdonar si abuso de ella al pedir os que nos ayudéis a encontrar a nuestro amigo para así poder volver al exterior a continuar nuestro viaje. Gracias.

Después de haber acabado se encaminó donde estaba Tahú sentándose a su lado. Se levantó el mediano que estaba sentado a la derecha del trono, y colocándose en el centro les dijo:

—Estamos encantados de haber oído vuestro relato, pero sentimos no poder dar noticias de vuestro amigo Ursu, él no ha pasado por aquí.

Les siguió contando que la puerta por la que habían entrado a la ciudad no se abría desde hacía muchísimos años, desde que un temblor de tierra muy fuerte había sepultado los pasillos que les llevaban hasta el exterior por el lado oeste de las montañas. Que desde entonces su pueblo había perdido casi todo contacto con los medianos del oeste, por la dificultad de las comunicaciones. Ofreció enviar un grupo en busca de Ursu y acompañarles a ellos por la mañana hasta el exterior.

—Hasta entonces —terminó diciendo— pasaréis la noche con nosotros antes de seguir vuestro camino. Ya os han preparado una habitación que esperamos sea de vuestro agrado.

Todos se pusieron de pie y fueron saliendo ordenadamente de la sala. Nuestros amigos fueron acompañados hasta una habitación donde había dos camas, un poco altas para ellos pero muy confortables según se podía apreciar

a simple vista, un armario con un gran espejo y una gran bañera llena de agua caliente para que pudieran bañarse si así lo deseaban.

Después de disfrutar de un largo baño, el primero desde hacía varios días, durmieron toda la noche de un tirón hundidos cómodamente en los colchones de plumas. Ya por la mañana, les despertó el ruido de lo que parecía una campanilla.

Oyeron unos golpes en la puerta antes de que se abriera apareciendo tras ella un mediano que se ofreció en acompañarles hasta la sala donde estaba preparado el desayuno. Rápidamente, se vistieron y le siguieron por los pasillos hasta llegar a la sala donde la noche anterior habían cenado. En esta ocasión, la mesa estaba repleta de frutas variadas, jarras de leche y galletas de mil formas diferentes.

Comieron con apetito entre una charla animada. En cuanto pudo, Agor, se acercó a hablar con el mediano que ayer se había sentado en el trono, pues suponía, que él debía ser el jefe y le abordó diciendo:

—Estamos muy agradecidos del trato que tu pueblo nos ha dado, pero nos preocupa la suerte que ha podido correr nuestro compañero Ursu, por lo que queremos partir en su busca lo antes posible.

—Ya ha salido un grupo esta mañana que recorrera la montaña —contestó—. Creo que vosotros deberíais seguir vuestro viaje, nosotros encontraremos a Ursu y le ayudaremos para que se reúna con vosotros lo antes posible.

—A mí me parece acertado —comentó Tahú, que se había acercado hasta ellos—. Podemos ir dejando señales que le faciliten nuestra búsqueda hasta que nos alcance.

—Conforme —dijo Agor—. Cuando le encontréis, decirle que corra en nuestra busca y que nuestro pensamiento está con él.

El mediano comenzó a dar órdenes y en breves momentos les trajeron, junto a su equipaje, una bolsa con víveres suficientes para una semana.

Después de las despedidas de rigor, nuestros amigos caminaban, guiados por un mediano, por los pasillos que les llevarían al lado este de las montañas.

Habían transcurrido unas horas cuando llegaron al exterior. La luz del sol molestaban sus ojos acostumbrados, durante los últimos días, sólo a soportar una luz mucho más suave. Habían pasado cuatro días en el interior de la montaña.

El mediano les indicó que les acompañaría aún un poco más. Él volvería atrás cuando llegaran al único paso posible, en las proximidades, del río que había que cruzar para continuar hacia el este.

Caminaban por una senda que avanzando por la ladera de la montaña les iba acercando a la llanura. Cada vez podía verse más vegetación, los pinos y los abetos comenzaban a ser más numerosos. Atrás quedaban las cimas nevadas de las Montañas Picudas.

Llegaron al borde de un gran desfiladero. En el fondo, corría el río más caudaloso que jamás había visto Agor. Un puente hecho de cuerdas y troncos, cruzaba hasta el otro lado del desfiladero a muchos metros del suelo.

—¿Es seguro este puente? —preguntó Tahú al mediano.

—Por supuesto, lo mantenemos en perfecto estado de conservación ya que es nuestro único paso hacia las tierras del este —le contestó el mediano.

—Comamos algo juntos antes de que regreses a la Ciudad de Piedra —le dijo Agor al mediano.

Estaban comiendo en silencio cuando se escuchó una voz que decía:

—No os preocupéis por Ursu. Seguid vuestro camino y le encontraréis antes de que se oculte el sol tras las montañas.

—¿Quién ha hablado? —preguntó Agor mirando alrededor.

Sus dos compañeros le miraron sorprendidos y fue Tahú el que le dijo:

—Aquí no ha dicho nadie nada, Agor.

—¿Pero no lo habéis oído? Era una voz muy clara y dijo que encontraríamos a Ursu antes de anochecer —contestó Agor.

—Lo único que se escucha es el ruido del viento y a los pájaros cantar —indicó el mediano que les acompañaba.

Entonces Agor miró al cielo y vio, allí en lo alto, encima de sus cabezas, como volaba en círculos el águila blanca de Ursu.

—Seguid vuestro camino sin demora, Ursu os está esperando —le dijo el águila a Agor.

—¿Pero es qué no la oís? —insistió Agor a sus compañeros que estaban extrañados.

—Sólo tú puedes entenderme. Manda un mensaje con el mediano para que dejen de buscar a Ursu entre las montañas. Antes de que oscurezca él mismo contestará tus preguntas —le dijo el águila antes de dirigirse, con un vuelo rápido, hacia el este.

Agor, les contó nervioso lo que había escuchado. Ni él mismo se lo podía creer. El mediano regresó con los suyos llevando consigo el mensaje que Agor había recibido. Mientras, nuestros amigos, continuaban su camino con la esperanza de que las palabras que Agor había escuchado se hicieran realidad.

Habían caminado unas horas sin pronunciar palabra cuando, tras una curva, frente a ellos apareció Ursu. Estaba sentado junto a un fuego donde cocinaba un par de conejos. Al verlos llegar se puso en pie y les gritó:

—Ya era hora amigos míos, la cena está preparada.

Capítulo 10

Juntos de nuevo

POR FIN nuestros amigos volvían a estar juntos después del susto que Ursu les había dado. Sentados frente al fuego, dando buena cuenta de los conejos que Ursu había preparado, charlaban animosamente interesándose por lo que habían pasado en los días que había durado la separación.

Fué Agor el que comenzó contando lo que él y Tahú habían vivido desde que decidieron bajar por la grieta en su busca. Le contó que esa misma mañana había oído como el águila, o al menos eso creía, le decía que siguieran el camino y que al anochecer le encontrarían. Lo cierto es que todo lo que él escuchó se hizo realidad.

Ursu, que había permanecido en silencio durante el relato de Agor, no pudo más que decir:

—¡Vaya con el mediano! Nunca conocí a ninguno de vosotros que lograra alcanzar estos poderes. Algo tuvo que pasarte en el interior de la montaña para que sin más te hicieras receptivo al idioma de los animales.

—Yo sólo escuché la voz del águila, nunca he oído las voces de otros animales —dijo Agor.

—Las oirás, te aseguro que las oirás —añadió Ursu.

—Y bien. ¿Qué te sucedió a ti? —le preguntó Tahú.

Ursu tomó la palabra y les contó que cuando él sintió como se abría la tierra bajo sus pies ya había comenzado a caer hacia las profundidades. No recordaba lo que duró la caída, pero sí que se dió varios golpes contra las rocas, lo que hizo que perdiera el sentido.

No sabía cuanto tiempo después despertó sintiendo un gran dolor que recorría todo su cuerpo. A pesar de todo no parecía tener ningún hueso roto

por lo que decidió intentar trepar por la pared de la grieta hasta el exterior.

La ascensión había sido más dura de lo que su cuerpo, dolorido, creía poder aguantar. Exhausto, llegó hasta el mismo sitio desde donde había caído. Era noche cerrada, no sabía cuanto tiempo habría pasado desde el terremoto.

Miró en el interior de la cueva por si ellos seguían allí. No encontrando ni rastro decidió descansar, pues se sentía muy débil; las manos le sangraban por los cortes que le había hecho las rocas en la ascensión, el cuerpo le dolía por los golpes que había recibido en la caída. Tenía que descansar.

Ya lucía el sol en el exterior de la cueva donde se encontraba cuando despertó de un largo sueño. Había recuperado en gran parte su fuerza, pero ahora sentía un gran apetito y no tenía nada que llevarse a la boca.

Salió de la cueva con la esperanza de encontrar por los alrededores alguien que pudiera ayudarle. Fuera, no tardó en divisar en lo alto del cielo al águila que llevaba ya dos días buscándole. Ésta cazó para él un conejo con lo que pudo calmar el hambre que sentía.

—Si te encontrabas muy débil y no atravesaste las montañas por el interior, ¿cómo pudiste llegar hasta aquí antes que nosotros? —le interrumpió Tahú.

Entonces Ursu les contó como el águila había volado en busca de otras águilas blancas, las cuales, con un gran esfuerzo por su parte, le agarraron, unas con sus garras y otras con sus picos y levantando el vuelo con una perfecta sincronización, le habían transportado por los aires hasta donde ahora se encontraba.

Ya era muy tarde cuando Agor indicó a nuestros amigos que deberían dormir un rato, pues a la mañana siguiente debían continuar hacia el este.

Tumbado, Agor, recordaba todo lo que habían vivido en los últimos días. Parecían haber pasado mil años desde que comenzó este viaje. Mirando las estrellas pensó para sí:

—Buenas noches compañeros. Buenas noches Besi.

Capítulo II

Descendiendo hacia el lago

AL AMANECER, después de un generoso desayuno, comenzaron el descenso hacia la llanura. Caminaban contentos mientras Tahú entonaba una cancioncilla que invitaba a seguir su ritmo con los pies. Atrás iban quedando las Montañas Picudas con sus cimas nevadas.

Ursu, todavía resentido de la caída, abría el paso marcando así la velocidad que le era más cómoda. Era preferible ir algo más lento, que forzar la marcha y sufrir más tarde las consecuencias de una recaída.

Penetraron en un bosque cuyos árboles, aunque separados entre sí una distancia suficiente para no entorpecer a los caminantes, no dejaban penetrar los rayos de sol debido a la frondosidad de sus copas. La luz llegaba hasta el suelo de una forma uniforme produciendo sombras muy suaves, parecidas a la que se pueden ver en un día nublado.

La temperatura bajo los árboles, aunque algo fresca, era agradable para caminar. Probablemente si se encontraran en un lugar despejado, donde les diera el sol de lleno, sentirían calor. Un viento suave corría entre las ramas haciendo que algunas de sus hojas cayera lentamente hasta un suelo cubierto de hojarasca.

Tras entrar en el bosque, Tahú dejó de cantar. Avanzaban, ahora, en silencio, uno detrás de otro escuchando los ruidos de todas clases que se producen en el bosque. No era fácil distinguir a que se correspondían. Es más, hasta era difícil separar uno de los otros.

Agor, que estaba situado en último lugar, comenzó a distinguir entre todos los ruidos, algo que a él le parecían voces. Intentó aislarlas del resto de los sonidos que llegaban hasta ellos pero sin conseguirlo. Sonaban algo lejanas y no se llegaba a comprender lo que decían.

Poco a poco, Agor iba descifrando los ruidos que llegaban a sus oídos. Las voces que antes parecían lejanas, fueron cada vez más claras. Fue descubriendo, nervioso pero con gran satisfacción, que las voces eran la conversación que mantenían algunos de los animales que estaban por los alrededores. También aprendió como hacer para escuchar lo que se decían los animales entre sí, o bien, oír sus ruidos como lo hace cualquier otro mediano; y a distinguir quién hablaba y donde se encontraba.

Cuando la tarde estaba llegando a su fin nuestros amigos buscaron un lugar donde poder pasar la noche. Encontraron unas rocas grandes que, en forma de ele, era un lugar perfecto para acampar. Las rocas servirían para protegerse del viento y de los animales.

Sentados junto al fuego, Agor contó exaltado a sus compañeros lo que a lo largo del día le había ido sucediendo, como había pasado de escuchar solamente ruidos a percibir lo que se decían los animales.

Tahú, con sus ojos redondos abiertos de par en par, no dejaba de mirarle mientras éste contaba lo que sentía. Su admiración por lo que estaba sucediendo rebasaba toda medida conocida. Él había oído hablar de estos poderes, pero siempre había oído decir que eran exclusivos de los magos. Ya desde pequeño le habían atraído sobre todo las narraciones que escuchaba a sus mayores relacionadas con los magos y muy especialmente con sus poderes. Y ahora, él estaba viviendo una de aquellas aventuras como las que recordaba.

Ursu, tomando la palabra, les explicó que estos poderes generalmente sólo los tienen los magos y los gnomos. Ya desde muy pequeños los magos son instruidos en estas y otras artes para que así al llegar a la edad de adulto éste convenientemente preparado en su condición. Había, sin embargo, oído hablar de algún mediano, que aún sin saber por qué motivo, había alcanzado a dominar los poderes que le permitían entenderse con los animales.

—Creo —continuó diciendo Ursu— que debemos dormir unas horas, ya hace tiempo que anocheció y mañana hay que seguir el camino.

—Yo haré la primera guardia —dijo Agor.

Ya dormían sus compañeros cuando en un árbol, Agor, pudo distinguir a una ardilla que dirigiéndose a otra, más pequeña, le imputaba la desaparición de unas nueces que, según ella, tenía guardadas en el tronco hueco que utiliza de almacén. Ésta decía que no podía conformarse con triviales explicaciones y que lo que debería suceder era la aparición inmediata de sus nueces. Agor, podía comprobar como la ardilla acusadora se iba acalorando sin dejar que la

otra pudiera ni tan siquiera defenderse. Al fin, Agor, en un arranque de indignación tomando la palabra le dijo:

—¡Eh! ¡Eh! Basta ya de tanta palabrería. No dejas hablar a tu amiga y a lo mejor tiene algo que decirte.

—¿Quién habla? —preguntó desconcertada la ardilla acusadora.

—Soy yo quien habla. Me llamo Agor de Caibel —le dijo.

—¿Por qué os metéis en una conversación privada sin que nadie os haya invitado? —le objetó la ardilla.

—Yo estaba aquí sentado cuando llegasteis dando gritos. No puedo ser indiferente a la injusticia que cometes al no querer escuchar a aquel que tú acusas de robar en tu despensa —le contestó Agor.

—Fue ella. No lo dudes. Ella cogió mis nueces y las escondió en otro lugar para que yo no pueda encontrarlas —le decía la ardilla.

—¿Acaso no hay más ardillas en este bosque? ¿No puede, tal vez, algún otro animal haber cogido tus nueces? —le preguntó Agor sin esperar respuesta, con la sola intención de hacerla recapacitar.

—En verdad tienes razón —decía la ardilla—. He sido injusta pero es que yo había pensado...

—Yo no sé nada de tus nueces —señaló la otra ardilla—. Quise decirte que no estuve por aquí en todo el día por lo que no puedo haberlas cogido. Aún así, estoy dispuesta a ayudarte a recoger algunas nueces.

—Acéptalo, estabas equivocada. Espero que aprendas la lección y a partir de ahora preguntes siempre antes de acusar —le dijo Agor dando así zanjada la discursión.

—Gracias —le dijo la ardilla que había sido acusada—. Gracias por haberme ayudado.

—Gracias —le dijo la otra—. Nunca olvidaré la lección que me has enseñado.

Y dicho esto, se fueron las dos ardillas saltando entre las ramas. Ya era tarde. Despertó a Tahú para que continuara la guardia, se acostó, y el sueño le venció rápidamente mientras sus pensamientos volaban hacia Besi.

El día siguiente transcurrió con toda tranquilidad. Caminaron cómodamente bajo el techo que formaban las frondosas copas de los árboles durante unas horas. Poco a poco, los troncos comenzaron a distanciarse entre si permitiendo mayores espacios libres donde las copas dejaban penetrar algunos rayos de sol que llegaban hasta el suelo. Salieron del pequeño bosque cuando el sol estaba en lo más alto. Frente a ellos podía verse un río, posiblemente el mismo que habían cruzado al salir de las montañas aunque

aquí apareciera menos caudaloso. A lo lejos, en el horizonte, se alcanzaba a ver lo que parecía una gran masa de agua, y aunque no se podía apreciar bien, suponían que era el lago que iban buscando.

Siguiendo el curso del río. El camino no era difícil pero el sol se sentía con fuerza sobre sus cabezas. La temperatura, a comparación con la que había en el bosque, había ascendido bastantes grados, suficientes para que el andar se hiciera pesado y les obligara a tomar algunos descansos extraordinarios.

Al caer la tarde, se instalaron sin alejarse mucho de la orilla, y encendieron un fuego para así pasar la noche.

Amaneció un día nublado. Soplaban un viento suave que hacía llegar hasta ellos la frescura de las Montañas Picudas. La temperatura había bajado y el camino, ya casi llano, se hacía con menor esfuerzo, lo que fue celebrado por nuestros amigos.

Después de andar unas horas, llegaron a un pueblo junto al lago. Estaba formado por algo más de una docena de casas. Aunque en buen estado, éste parecía totalmente desierto, no se veía a nadie por los alrededores.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó gritando Tahú.

No hubo respuesta.

Se acercaron hasta una de las casas y se disponían a entrar en ella, cuando, a sus espaldas, oyeron una voz que dirigiéndose a ellos les decía:

—¿Está entre vosotros al que llaman Ursu el mago?

Sobresaltados, nuestros amigos se dieron la vuelta para descubrir a media docena de medianos que, sosteniendo lanzas entre sus manos, les apuntaban.

—Soy yo —contestó Ursu extrañado de que supieran su nombre.

—Dime el nombre de tus compañeros —le replicó secamente el mediano que antes había hablado.

Confuso y asustado, Ursu, no sabía que es lo que pasaba. Nunca antes había sido recibido de aquella manera en ninguno de los muchos pueblos que había visitado en sus viajes. Con la voz entrecortada y señalándoles le contestó:

—Éstos son Tahú de Lares y Agor de Caibel. —Y haciendo una pausa añadió—. No queremos haceros daño, somos gente de bien a la que el destino ha traído hasta aquí.

—Bajad las lanzas —indicó a sus compañeros. Y dirigiéndose a nuestros amigos siguió diciendo— perdonar el recibimiento y sed todos bienvenidos a Skalber. Yo soy Westo. Esperábamos vuestra llegada en la tarde de ayer.

Fueron saliendo con cautela el resto de los habitantes que desde sus casas miraban a los extranjeros. No se acercaban demasiado a ellos, parecían temer

que les sucedería alguna cosa si llegaban a tocarles.

—¿Cómo sabías mi nombre y que es eso de que nos estabais esperando? —preguntó Ursu.

—Fueron Fabián y Daniel los que nos dijeron que llegaríais por el oeste. Nos dijeron que habíais estado en la ciudad de Piedra y que hace dos días cruzasteis el río en el paso de la montaña. Ellos nos dieron vuestros nombres —le contestó Westo.

—¿Quién son Fabián y Daniel que saben tanto de nosotros? —quiso saber Ursu.

—Ellos son dos enanos que habitan cerca de aquí, en el bosque por donde habéis pasado. Nos contaron como hablaron con uno de vosotros mientras dormía en una gruta. Por él supieron de vuestra misión y vuestros nombres. Más adelante os siguieron la pista a través de un águila que, según dicen, te pertenece a ti.

—No fue un sueño —pensó para sí Agor— ellos estaban allí. ¿Pero y lo de Besi?... No, eso tiene que ser un sueño. Allí no podía estar Besi, ni había puerta que cerrar. No, eso sí era un sueño.

—¿Está aquí el águila? —se interesó Ursu.

—No, por la mañana alzó el vuelo y no la hemos visto desde entonces —le respondió.

Las gentes seguían mirándoles temerosos y seguían sin acercarse demasiado a ellos. Fue entonces cuando Agor, extrañado, se dirigió a ellos y les preguntó abiertamente:

—¿Qué teméis de nosotros, no creo que nuestra apariencia os cause estupor?

—No os tenemos miedo —contestó uno que lucía una gran barba pelirroja—. Más bien es respeto lo que sentimos ante vosotros. No son muchos los que cruzan las altas montañas y llegan hasta nosotros.

—¿Y las armas para que las lleváis? —preguntó esta vez dirigiéndose a Westo.

—No estamos en tierras tranquilas —le contestó—. Aquí en las orillas del Lago Salado habitan pueblos de diversas razas y culturas, no todas ellas son pacíficas. En esta comarca hay que andar con mucho cuidado si uno no se quiere meter en líos. Aquí lo normal, además de aconsejable, es ir armado.

Dicho esto, Westo comenzó a dar ordenes a unos y otros. En un abrir y cerrar de ojos, todo el mundo estaba en movimiento. Se preparaba un gran banquete para agasajar a los visitantes.

Ya durante la comida, podía verse como los medianos del lugar no guardaban tanto la distancia con nuestros amigos. Unos charlaban de sus cosas, otros les preguntaban sobre su viaje e incluso alguno les daba algún que otro consejo.

—Necesitaremos una barca para cruzar el lago —dijo Ursu dirigiéndose a Westo que estaba sentado a su derecha.

—Ahora come tranquilo. Más tarde prepararemos un bote con todo lo necesario para continuar vuestro viaje —le contestó.

—No es conveniente que partáis por la tarde —agregó el mediano que estaba sentado a su izquierda—. Es mejor partir con el alba para así hacer la travesía de día. Si salís por la tarde, la noche os caerá dificultando la navegación.

—Ciertamente en eso no había pensado —dijo Ursu—. Ninguno de nosotros somos navegantes experimentados por lo que será mejor preparar la barca por la tarde para salir mañana con el alba como tú bien has apuntado.

Después de una larga sobremesa, el pueblo entero se volcó en los preparativos de la barca que les llevaría hasta la orilla opuesta del lago. Ya se veía una preciosa puesta de sol cuando todo quedó perfectamente preparado.

Capítulo 12

La travesía

ANTES DE QUE EL SOL apareciera ya estaban nuestros amigos haciendo los últimos retoques para poder partir. La barca era una pequeña embarcación a la que le habían añadido un mástil para sujetar la vela que impulsaría la nave hacia el este. A cada lado habían fijado un tonel, uno contenía alimentos y el otro agua potable. Ésta es imprescindible, ya que como recordaréis, el lago es de agua salada que proviene del mar, al parecer, a través de alguna cueva subterránea.

Junto a unas mantas, incluyeron en el equipaje una espada y una lanza para cada uno de ellos, con el expreso deseo de no tener que utilizarlas.

El cielo se veía bastante cubierto, aunque ni mucho menos como el día anterior. Un viento suave pero constante provenía de las Montañas Picudas, lo que facilitaría la travesía.

Largaron la vela cuando el sol aparecía levemente en el horizonte, para ocultarse segundos después tras las nubes. Todo el pueblo se había reunido con las primeras luces del alba para despedir a los viajeros y desearles que toda la suerte del mundo les acompañara.

Los primeros momentos fueron bastante confusos, les costaba mantener el barco en una posición firme. La proa, tan pronto apuntaba a un lado como a otro, y la vela, se hinchaba y se deshinchaba por momentos.

En unos minutos consiguieron fijar la nave con la proa apuntando al este. La vela se tensó, recogiendo el máximo de viento, y el barco dio un respingo y comenzó a coger mucha velocidad. En la playa, los medianos que habían acudido a despedirles, saltaban y gritaban celebrando la maniobra que habían visto.

—El viento sopla a favor —dijo Tahú—. De seguir así durante el día, según me dijo Westo podremos llegar antes de que anochezca a la otra orilla.

—Seguro que así seguirá —replicó Ursu, más por deseo que por la certeza de que así sucedería.

Durante unas horas el viento mantenía tanto su dirección como su fuerza. La proa subía para luego caer cortando el agua y formando olas espumosas a ambos costados de la nave.

Agor, sin querer moverse, seguía sentado en el mismo sitio desde que salieran de la orilla. Con la mirada fija en el agua, observaba los remolinos que dejaba la barca tras de sí.

El viento, en pocos minutos, cambió su dirección. Ahora soplaba de norte a sur. La fuerza del viento crecía por momentos haciendo que la superficie del agua se rizara y fueran surgiendo olas cada vez más altas.

Poco tiempo después el cielo se oscureció, las olas, ya de una altura considerable, hacían entrar agua en la barca, por lo que, tanto Agor como Tahú, se dedicaron a achicarla mientras Ursu intentaba controlar la nave. Las aguas oscuras se iluminaron por un relámpago seguido casi de inmediato por un fuerte trueno. El viento, cada vez más fuerte, arrastraba la espuma de la cresta de las olas y juntándolas con la lluvia que comenzaba a caer, golpeaba sus caras.

Una ráfaga de aire muy fuerte hizo tumbarse la barca hacia un costado, obligando a Ursu y a Tahú a saltar hacia el lado contrario para así contrarrestar el peso y no dejar que la barca volcara. Un fuerte ruido se produjo cuando el viento partió el mástil y éste cayó al agua arrastrando consigo la vela.

La barca, ahora parecía una cascara de nuez que saltando de ola en ola iba a la deriva. Era imposible mantenerla en una posición más ventajosa sólo con la ayuda de los remos, así pues, nuestros amigos, se agarraban lo más fuerte que podían con la esperanza de que pronto comenzara a amainar.

El tiempo iba pasando y la tormenta parecía crecerse. El cielo era iluminado por relámpagos y rayos a cada segundo. El rugir de las olas se tapaba casi completamente con los truenos.

La barca, en muy malas condiciones, ya no saltaba tan alegremente pues estaba casi totalmente anegada. Sus ocupantes, empapados, estaban agazapados en el suelo de la barca agarrados a las tablas que antes les servían de asientos.

Por la cabeza de Agor pasaban mil recuerdos de sus vivencias más queridas. Recordó aquella última tormenta que le traería, además de agua, la

oportunidad de emprender el viaje por el que se encontraba en esta delicada situación. Con sus ojos cerrados, la imagen de su querida Besi inundó su cerebro, sintió como si ella estuviera allí mismo, al alcance de su mano. Deseó salir de ésta para poder estar de nuevo con ella. Todo ello provocó que unas lágrimas brotaran de sus ojos mezclándose con la lluvia que azotaba su cara.

El tiempo parecía interminable. Sus cuerpos golpeados y sus músculos cansados de la tensión que sostenían desde hacía ya varias horas parecían rendirse. El agotamiento se hacía notar.

Haciendo un gran esfuerzo para no caer fuera de la barca, Tahú, alcanzó una cuerda que se encontraba sujeta junto al tonel roto del agua potable. Volvió a colocarse en el suelo y se ató con la cuerda al asiento de la barca. Luego pasó el rollo de cuerda a Ursu para que hiciera lo mismo y se lo pasara a Agor.

Una vez atados fuertemente, los músculos de los brazos que no tenían que mantener tanto esfuerzo como el que habían soportado hasta ahora, se relajaron dando paso a sentir dolores fuertes y muy molestos.

Ursu mirando a un lado vio a Agor agazapado con sus ojos cerrados y miró al otro para ver a Tahú sentado bajo el asiento al que estaba atado y con el agua hasta la cintura. Se miró a sí mismo y se sintió demasiado viejo para estar allí, y culpable por no poder poner a salvo a sus amigos. Miró al horizonte y su vista no logró alcanzar más de un par de decenas de metros. No podía saber a que distancia se encontraban de la orilla, ni tan siquiera podía adivinar cuál era la más próxima. Fue miedo la última sensación que sintió cuando el agotamiento le hizo perder el conocimiento.

Tras él, Agor y Tahú no tardaron en quedar inconscientes.

El cielo azul estaba coronado por un sol resplandeciente. Al final de la explanada se alzaba un pequeño castillo con dos torres, una más alta que la otra. En la torre más baja, podía verse ondear una bandera que sobre el color verde botella del fondo resaltaba el color negro de un lucido árbol de copa redondeada y tronco fuerte. En el muro, una gran puerta de madera con adornos en hierro estaba franqueada por dos soldados. Al llegar hasta ella uno de los soldados les preguntó dónde iban, y al no recibir respuesta cogió de los hombros a Agor y comenzó a zarandearle a la vez que le decía:

—¡Contesta, Agor, contesta!

Abrió los ojos y pudo ver muy cerca de su cara la de Tahú que al ver que reaccionaba sonrió y le dijo:

—Que susto nos has dado amigo mío. No conseguía por más que te zarandeaba que volvieras en sí. ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde estamos? —carraspeó Agor—. ¿Y el castillo?

—Debiste estar soñando —le dijo Ursu—. Estamos en el Lago Salado y la tormenta ha pasado.

—¡Ah, sí!, la tormenta... Ya recuerdo. Pero parecía todo tan real... —decía Agor.

—Descansa amigo mío. Luego podrás aclarar tus ideas —añadió Ursu.

Aún se encontraban en medio del lago. No se veía tierra en ninguna dirección y la barca en un estado lamentable navegaba a la deriva.

El viento soplaba ahora con menos intensidad. De la superficie del agua, aunque todavía algo rizada, habían desaparecido las olas que antes habían estado jugando con la barca. El cielo, todavía cubierto, presentaba un color plomizo que parecía irse apagando a grandes pasos. La noche se les echaba encima.

Capítulo 13

¡Por fin en la orilla!

LA NOCHE transcurría tranquila. En el cielo iban apareciendo claros que dejaban ver algunas estrellas. El viento había desaparecido, sólo corría una pequeña brisa.

Desde que Tahú recuperara el conocimiento había intentado poner, al menos, un poco de orden en la barca. Había achicado el agua hasta casi conseguir dejarla seca. Recuperó la poca comida que pudo encontrar flotando ya que los toneles que contenían el agua y los víveres debieron ser arrancados por alguna ola y golpeados hasta romperse. El mástil y la vela habían desaparecido tras la rotura de éste cuando el barco amenazó volcar.

Así pues, el balance era poco alentador. No tenían agua potable, sólo les quedaban unos pocos víveres mojados, la barca había perdido la vela, por lo que sólo podían moverse ayudados de dos tablas usándolas a modo de remos. Pero lo peor de todo era no saber a que dirección dirigirse.

Cuando empezó a clarear, en el cielo podía verse alguna nube aislada pero se veía casi totalmente despejado. La barca era suavemente empujada por la brisa hacia el sur.

Tahú se puso en pie, y subiéndose a la tabla donde había estado atado, miró al este y vio agua, miró al sur, sólo agua; miró al oeste, más agua; y miró al norte y sólo pudo distinguir agua.

Bajó de la tabla y se sentó cabizbajo. Ursu y Agor que le habían estado mirando en silencio comprendieron que no había tierra a la vista, por lo que se encontraban en una situación muy delicada.

Tras unos minutos Agor rompió el silencio y les dijo:

—Tenemos que tomar alguna decisión. No podemos hundirnos y quedarnos aquí quietos sin hacer nada. Debemos remar hasta que las fuerzas

nos abandonen, debemos luchar para salir de aquí.

—¿Y hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Tahú desconsolado.

—Es lo mismo —contestó Agor—. Esto es un lago. Hacia cualquier lado que vayamos encontraremos tierra.

—Ahora bien, —dijo Ursu— nosotros nos dirigíamos al este, navegamos varias horas en esa dirección, así pues, no puede estar muy lejos esa orilla.

—De acuerdo —manifestó Agor— rememos hacia el este.

Poco después, el sol salía en el horizonte mientras nuestros amigos ayudados por unas tablas, que antes habían sido parte de los toneles, remaban empujando lentamente la barca hacia el este.

Habían pasado unas horas cuando comenzó a soplar el viento del norte. La barca era empujada hacia el sur, por lo que decidieron remar en esa dirección apoyados por el viento. Lo más importante era llegar a tierra lo antes posible sin importar demasiado el lugar.

—¡Mirar allí! Parece tierra —dijo Tahú.

—¡Hurra! ¡Estamos salvados! —gritó Agor.

—¡Lo conseguimos! —gritó Ursu exaltado.

Poco después, podían divisar los árboles que poblaban la orilla sur del lago. La última hora, la más larga vivida por cualquiera de ellos, había transcurrido mientras miraban como crecían los árboles a su vista según se aproximaban a la orilla. Todo parecía estar muy cerca, pero sin embargo, no llegaban nunca.

Faltaban unas decenas de metros, cuando Tahú, ya impaciente, se lanzó al agua para nadar hasta alcanzar la orilla. Al llegar a tierra cayó de bruces al suelo, hundió los dedos en la arena, agarró dos puñados y llevándose los puños hasta el pecho... lloró.

Minutos más tarde llegó la barca a la orilla. Agor saltó hasta la arena y tiró de la barca hasta que ésta quedó sujeta. Se dejó caer sentado y se tapó la cara con las manos. Ursu, por su parte, saltó de la barca y hundiendo las rodillas en tierra, con la mirada apuntando al cielo exclamó:

—¡Por fin en la orilla!

Tras unos momentos de reposo comenzaron a organizarse. Lo primero era buscar algo de comida y agua por los alrededores, después tenían que caminar bordeando el lago hasta alcanzar la orilla este que es donde se dirigían.

En esta zona la vegetación no era de grandes árboles sino que estaba formada principalmente de matorrales altos. El olor que despedían aquellas plantas era muy peculiar, ni tan siquiera Ursu podía reconocerlas por los aromas que percibía.

No lejos de donde desembarcaron, encontraron un riachuelo de aguas cristalinas y gran variedad de plantas que daban grandes frutos silvestres.

Al tener al alcance de la mano los primeros frutos, notaron como la boca se les hacía agua y el estómago protestaba produciéndoles unos pinchazos. Hasta ahora no habían sido conscientes del hambre que sentían. Fueron recogiendo frutos a la vez que se alimentaban y no había un momento en que tuvieran la boca vacía. Casi comían más cantidad que la que conseguían reunir en sus bolsas.

Después de un gran rato, exhaustos y satisfechos, les invadió un sopor obligándoles a descansar. Se tumbaron junto a unos matorrales y pronto se abandonaron al sueño.

Cuando Tahú se despertó, era todavía de noche aunque ya clareaba por el este. No había una temperatura muy baja, pero sentía frío. Recogió un poco de leña y encendió un fuego con el que calentarse. Despertó a sus compañeros que extrañados por la falta de luz, tardaron en reaccionar.

Tomaron algunas frutas sentados junto al fuego. El sol ya aparecía en el horizonte cuando Ursu comentó:

—Debemos coger algunos frutos más para llevar. No sabemos si en el camino encontraremos suficiente comida.

—Bordearemos el lago. ¿No es así? —preguntó Agor con la convicción de que la contestación sería afirmativa.

—Es lo más conveniente —contestó Ursu.

—Las tierras próximas al lago se ven fértiles. No pienso que nos falte ni comida ni agua —agregó Agor.

—¡Eso espero! —dijo Tahú—. Ya hemos pasado suficientes penurias en este viaje. Esperemos que lo que nos quede sea más tranquilo de lo que ha sido hasta ahora.

—¡Qué así sea! —contestaron casi al unísono Ursu y Agor.

Cuando terminaron de recoger frutas y después de comprobar que el fuego quedaba perfectamente apagado, emprendieron la marcha por la orilla del lago. Caminaban cómodamente ya que entre el agua y los árboles había una especie de playa, o mejor dicho, como si el nivel normal de las aguas hubiera bajado hasta donde llegaba ahora dejando al descubierto una franja sin vegetación. De vez en cuando, cruzaban un pequeño riachuelo que aunque llevaba poca agua, ésta era limpia y clara.

—¡Alto! ¡No os mováis! —Se oyó una voz desde los matorrales.

Nuestros amigos, sobresaltados, volvieron la cabeza rápidamente hacia los matorrales y se quedaron quietos. Tras unos segundos como no se veía a

nadie Tahú gritó:

—¿Quién nos ha dado el alto?

—¡No os mováis! —Se oyó de nuevo la voz.

—No nos moveremos —dijo Tahú— pero salir para que os veamos.

Comenzó a moverse el matorral que tenían frente a sus ojos unos segundos antes de que se movieran otros de alrededor. Fueron apareciendo de entre los matorrales unos seres extraños armados con arcos y flechas. El mismo que había hablado antes, sin dejar de apuntarles con su arco, les gritó:

—¡Sentaros en el suelo y no intentéis moveros!

—Tranquilos. No queremos haceros daño —dijo Tahú mientras se sentaban los tres.

Capítulo 14

Los Croac

CUANDO URSU pudo verlos los identificó como de la raza llamada los Croac. Eran los primeros que él veía, pero había oído hablar de ellos e incluso había visto hacía mucho tiempo, cuando se estaba iniciando en las artes de los magos, un grabado en el que figuraba dibujado entre todas las razas conocidas un ejemplar de ésta.

Los Croac, según recordaba Ursu, era una raza de ranas que había evolucionado hace muchos cientos de años. Su cuerpo es igual al de las ranas que podemos ver en cualquier estanque, pero ellos caminan erguidos sobre sus altas patas traseras. Desde pequeños son acostumbrados a caminar y a correr utilizando sólo las patas traseras aunque en contadas ocasiones, generalmente de peligro, se desplazan saltando como las ranas. Su altura es casi como la de un mediano adulto pero con el cuerpo más pequeño y las piernas mucho más largas. Ahora hablan el mismo idioma que los medianos, pero antes se entendían croando casi igual a como lo hacen las ranas y por eso, no se sabe desde cuando, les llamaron así.

Los Croac no son un pueblo guerrero, pero tampoco son tan pacíficos como los medianos. Son muy territoriales y organizan grandes combates entre ellos para marcar su territorio. Viven en pequeños grupos aislados, generalmente de tres a seis individuos, en chozas de juncos gigantes que se construyen ellos mismos dentro del territorio que han conseguido ganar.

Los territorios conquistados no son muy duraderos, pues pronto vendrán otros Croac y lucharán por marcar nuevos linderos.

A pesar de pasarse la vida luchando entre ellos nunca se ha oído decir que un Croac haya perdido la vida en uno de esos combates, pues éstos son, como

en la mayoría que mantienen los animales, sólo para demostrar quien es el más fuerte.

Los Croac, sin embargo, si son grandes luchadores y se unen como si fueran una piña, cuando alguno de ellos se siente atacado por algún individuo de otra raza.

Ursu se dirigió al Croac que antes había hablado diciéndole:

—¿Por qué nos tratáis así? Los Croac siempre ha sido un pueblo amigo tanto de los medianos como de los magos.

—¡Callaros y no moveros! —les gritó.

Poco después fueron apareciendo más y más Croac. Esto alertó a Ursu pues él sabía que no era corriente ver juntos tal número de ellos. Algo debía haber sucedido para que dejaran a un lado sus luchas territoriales y se estuvieran reuniendo tantos de ellos.

Apareció un Croac que lucía una capa muy brillante, formada por miles de minúsculas piezecillas de plata tan finas que casi se transparentaba. Éste se sentó en una especie de sillón hecho con la piel de una magnífica zorra color canela y que otros habían colocado momentos antes delante de nuestros amigos. Le siguieron otros Croac y se fueron sentando en el suelo, uno al lado del otro hasta cerrar un círculo alrededor de los extraños. Detrás de éstos había otros muchos Croac mirando hacia el centro.

—¿De dónde procedéis y que buscáis en estas tierras? —preguntó secamente el Croac que llevaba la capa.

—¡No podéis retenernos, no hemos hecho nada! Dejarnos en paz y así podremos continuar nuestro viaje —le dijo Tahú muy exaltado.

—¡Silencio! Contesta sólo a lo que te han preguntado —protestó otro de los Croac.

Tomó la palabra Ursu y tranquilizando primero a Tahú se dirigió al de la capa y le dijo:

—Muy noble Croac. Nosotros somos viajeros y sólo el destino nos ha traído hasta aquí. Nuestro camino nos lleva hasta unas montañas que hay más al este en busca de las piedras del agua. Cruzando el lago nos alcanzó una tormenta que casi destruye nuestra barca y a duras penas logramos sobrevivir llegando a la orilla sur. De allí veníamos cuando fuimos sorprendidos por tu gente.

—¿Habéis oído hablar de Garakon? —volvió a preguntar el de la capa.

—No —respondió tajantemente Ursu.

—¡Miente! —gritó otro Croac a espaldas de Ursu.

—¿Por qué íbamos a mentir? —le preguntó Ursu dándose la vuelta para mirar a la cara al que había hecho la acusación.

—¡Le encubristis! —gritó el Croac.

Ursu comprobó que el Croac que les recriminaba era un viejo, probablemente obcecado, por lo que decidió volverse y dirigirse de nuevo al de la capa.

—No sabemos quien es Garakon. No estamos aquí por propia voluntad, ya os decía antes que fue el destino el que nos hizo llegar a este lugar. Os ruego que nos dejéis ir en paz ya que nada os debemos.

—¡Miente! —dijo de nuevo el viejo—. Ellos dirigen a Garakon y por lo tanto son ellos los que causan nuestros males.

—Encerrarles con los otros hasta que tome una decisión —dijo el Croac de la capa.

—¿Pero por qué habéis de encerrarnos? —exclamó Ursu—. No hemos hecho nada.

Seis Croac se acercaron y rodeándolos les obligaron a dirigirse hacia una cabaña que había cerca de allí. Al acercarse, Agor fue estudiando los alrededores recopilando el máximo número de detalles que más tarde podrían ayudarles a escapar de allí. Pudo comprobar que la cabaña estaba totalmente rodeada por una empalizada de casi dos metros, lo que era una gran altura para que la superara un mediano. La puerta estaba guardada por dos Croac armados y que por su situación sería difícil llegar hasta ellos por sorpresa. Al lado norte de la empalizada, a escasos metros, había gran cantidad de matorrales donde sería fácil esconderse.

Al llegar hasta la puerta de la empalizada fueron empujados hacia el interior. Ursu, debido a la fuerza con que le empujaron, cayó al suelo, mientras sus compañeros intentaban mantener el equilibrio dando grandes zancadas. La puerta se cerró tras ellos.

Ayudaron a levantarse a Ursu y se acercaron hasta la entrada de la cabaña. Dentro estaba oscuro y al entrar no se veía gran cosa, habría que esperar a que los ojos se acostumbrasen a la falta de luz.

—¿Os habéis hecho daño? —preguntó una voz desde la penumbra.

—¿Quién hay ahí? —contestó Agor intentando escudriñar la oscuridad.

—Yo soy Vosky el Viajero. ¿Os habéis hecho daño? —repitió mientras salía donde pudieran verle.

—No ha sido nada, gracias. Yo soy Ursu el Mago y estos mis compañeros de viaje Agor de Caibel y Tahú de Lares.

—¿Sabéis que sucede aquí?, ¿por qué nos han retenido? —preguntó Agor.

Poco a poco los ojos se habían ido acostumbrando a la poca luz que había en la habitación por lo que pudieron distinguir vagamente a otro ser que permanecía en silencio acurrucado contra la pared.

—¿Quién eres? —le preguntó Tahú acercándose hasta él.

Éste levantó lentamente la cabeza, dejando a la vista dos largas coletas que cubrían los costados de su cara y con una voz muy suave le dijo:

—Yo soy Neisi hija de Croll, princesa de Skandia.

Y miró directamente a los ojos de Tahú, quien notó como la mirada penetraba hasta lo más hondo de su ser produciéndole un bienestar y una felicidad difícil de expresar con palabras.

La princesa Neisi era una bella mediana. Su tez era blanca aunque en sus pómulos podían distinguirse unas graciosillas pecas que la hacían parecer más juvenil. La pequeña nariz sonrosada era corta y respingona. Sus ojos, casi siempre verdes, podían cambiar de color con gran facilidad según fuera la luz que recibían. Dos largas trenzas adornaban su rubio cabello y tapaban parcialmente unas orejas pequeñas pero bien formadas. Su estatura era normal, pero al tener la figura tan esbelta daba la impresión de ser más alta.

—¡Una mujer! —exclamó Agor—. ¿Cómo os habéis metido en semejante lío? —le preguntó.

—Hace varias semanas apareció en Skandia un sujeto despreciable que dice llamarse Garakon, intentó sin resultado convencer a mi padre para que le concediera mi mano. La negativa recibida le enfureció de tal forma que comenzó a destruir todo lo que se le ponía delante, por lo que hubo que enviar a los soldados para apresarle.

—¿Garakon es el motivo de que los Croac estén tan nerviosos? ¿No es así? —la interrumpió Agor.

—Sí, pero dejadla continuar —contestó Ursu.

—Mientras los soldados le buscaban por la ciudad —siguió diciendo Neisi—, éste consiguió entrar, no se sabe como, en el palacio. Llegó hasta mis aposentos y dejándome sin sentido me sacó de allí. Cuando recupere el sentido me encontraba en un pequeño oasis en el interior del desierto. Llegamos a orillas del lago donde durante la noche, en un descuido de Garakon, conseguí escapar.

Nuestros amigos, que no la quitaban la vista de encima, vieron como se la humedecían los ojos y sintieron con ella la furia mientras revivía lo sucedido. Sentían rabia e impotencia. Y aún así siguieron escuchando en silencio.

—Me escondí como pude en el bosque —seguía diciendo— mientras él, muy enojado, destrozaba todo lo que se ponía en su camino. Al cabo de un

par de días, tropecé con los Croac, y éstos pensaron que era yo quien estaba causando el daño. Me encerraron. Más tarde llegó Vosky y ahora vosotros. Esto es a grandes rasgos lo que he pasado desde que apareció Garakon en Skandia.

—¿A que raza pertenece Garakon? —se interesó Ursu.

—No te puedo decir. Él es un ser extraño, cubierto de pelo y más alto que cualquiera de nosotros —contestó Neisi.

—Bien... Lo primero es salir de aquí —asintió Ursu.

Tahú que permanecía observando fijamente a Neisi, estaba como ido. Agor tuvo que tirar varias veces de su brazo para que prestara atención mientras intentaban buscar una salida a su situación.

Mientras debatían un plan de Vosky para escapar de los Croac, oyeron un leve ruido detrás de la pared. Callaron bruscamente a mitad de la frase y sus miradas se entrecruzaron preguntándose si les habrían oído.

La base de uno de los juncos que formaban la pared cayó rota al suelo dejando un agujero por donde se podría hacer pasar un puño. Los cinco pares de ojos se clavaron en el orificio intentando descubrir que era lo que sucedía. Apareció una punta de un color rojo muy vivo que fue agrandándose. Pegada a ésta apareció una cabecita, luego unos brazos, más tarde un cuerpo y para terminar unas piernas. Éste se puso en pie, y sacudiéndose la ropa dijo:

—Hola, soy Halt y he venido con mis amigos a sacaros de aquí.

Nuestros amigos no salían de su asombro. ¡Los gnomos del bosque habían venido en su ayuda! Pronto comenzaron a entrar más y más gnomos por el orificio que tras un simple saludo se ponían rápidamente a trabajar sobre la pared con ayuda de unos pequeños cuchillos que traían con ellos.

—Bienvenido seas tú y tus amigos —dijo Ursu—. Os agradecemos que nos echéis una mano para salir de este atolladero.

—No es nada —dijo Halt riendo—, nos gusta hacer rabiar a los Croac. Y puedes estar seguro que cuando se den cuenta de que aquí no queda nadie van a dar saltos de rabia.

Todos rieron y volvieron a su trabajo. Ursu comenzó con las presentaciones pertinentes y volvió a dar las gracias a todos los gnomos en su nombre y en el de sus compañeros.

Halt les informó que había patrullas de Croac por todo el bosque buscando a Garakon. Que la única forma de escapar sin que los vieran sería ir hacia el este hasta llegar al desierto, y una vez allí, sin entrar en él ir hacia el norte.

Era ya casi de noche cuando una patrulla apareció en el campamento de los Croac trayendo consigo a Garakon. Le habían apresado gracias a una trampa para jabalíes. Mientras le llevaban hasta el campamento, los Croac que le apresaron, le fueron preguntando actuaba de esa forma e iba destrozando todo lo que se le ponía delante. Éste, de no muy buenos modales, les contó la historia de Neisi y de como se le había escapado. Profirió insultos y palabras desconocidas para los Croac, intentó soltarse de sus ligaduras y atacar a sus guardianes, pero lo que si dejó bien claro, es que él era el único responsable de todos los destrozos que se habían producido en el bosque.

Rápidamente, una vez informado el Croac de la capa de plata, quiso ir hasta la cabaña para soltar a sus prisioneros y pedirles que les disculparan. Llegó a la puerta de la empalizada y dirigiéndose a los dos Croac que estaban de guardia les gritó:

—¡Abrid las puertas! ¡Dejadles salir!

Los que hacían guardia abrieron la puerta de la empalizada y caminaron muy deprisa hasta la cabaña seguidos del de la capa. Abrieron la puerta dejando paso al Croac de la capa de Plata que entrando bruscamente se paró.

—¡Guardias! ¿Qué es lo que ha pasado aquí? —quiso saber.

Los dos guardias miraron al interior, luego se miraron entre ellos y se encogieron de hombros sin decir palabra.

Allí no había nadie. Tan sólo podía observarse un gran agujero en la pared de la cabaña por el que se veía otro de igual dimensión en la empalizada exterior. En el centro de la sala, en el suelo dibujado había un gnomo haciendo burla con la lengua fuera y con las manos abiertas pegadas por los pulgares a las sienes.

No había duda, otra vez los gnomos se habían burlado de los Croac. Y saltando como lo hacen las ranas corrientes, el de la capa, salió de allí croando de rabia.

Para entonces, nuestros amigos ya estaban a salvo muy lejos de aquel lugar. Acampados cerca del Desierto de las Dunas, descansaban en espera del nuevo día.

Capítulo 15

El Desierto de las Dunas

PASARON LA NOCHE los cinco junto a un grupo de gnomos muy cerca ya del Desierto de las Dunas. Por la mañana, apenas había asomado el sol tras las inmensas dunas, cuando nuestros amigos ya se despedían de Vosky, que tenía que continuar su viaje hacia el sur, hacia el País de las Montañas de Fuego y de los gnomos que les habían acompañado hasta allí y que tenían que volver a sus casas.

Tahú había pasado la noche pensando en Neisi y había decidido no separarse de ella, quería casarse con ella si ésta le aceptaba. Fue una muy dura decisión que le hizo pasarse toda la noche meditando los pros y los contras. Llegando a la conclusión de que el único motivo por el que podría abandonarla sería el acabar la misión que le habían encargado, si no fuera posible que la acabaran sus dos compañeros.

En cuanto tuvo oportunidad se alejó junto a Ursu y Agor para contarles todo lo que había estado pensando. Les contó lo que había sentido al verla por primera vez y les aseguró que lo sentía cada vez que la miraba. Explicó como sus pensamientos le llevaban hasta ella y como desde que la viera en la cabaña nada tenía sentido para él que no tuviera relación con ella.

Ursu algo extrañado por la rapidez con que pueden nacer esos sentimientos, no veía inconveniente alguno para que Tahú les traspasara el compromiso a ellos dos. Agor por su parte estaba encantado de que Tahú hubiera encontrado eso que tan difícil es de hallar, la felicidad. Él sabía muy bien lo que una mujer te podía hacer sentir y lo que significaba tener a una persona al lado. Él tenía a Besi.

Tahú daba saltos de alegría tras comprobar que sus dos compañeros de viaje descargaban de sus espaldas el único compromiso que podría hacerle

separase de Neisi. Les abrazó, les dio repetidamente las gracias y salió corriendo hacia donde se encontraba Neisi.

—¡Neisi!, ¡Neisi! —gritaba mientras corría.

Neisi, en un primer momento, se asustó pues no comprendía a que eran debido esos gritos. Al ver acercarse a Tahú a toda prisa y con una sonrisa que casi le llegaba de oreja a oreja, intuyó a que era debido el griterío.

—Neisi —dijo Tahú casi sin aliento—, puedo ir contigo a Skandia y si me aceptas, le pediré tu mano a tu padre.

Ella se abalanzó sobre Tahú colgándose con sus brazos del cuello de éste y le dijo mientras se le sonrojaban las mejillas:

—Te acepto encantada. Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

Se miraron a los ojos... y la besó.

Ursu y Agor que lo habían visto desde lejos rieron y Ursu, aunque pensaba para si, dijo en voz alta:

—¡Vaya con el mediano!

Y ya dirigiéndose a Agor, añadió:

—Tenemos que prepararnos para seguir nuestro camino Agor. Dejemos a esos dos tortolitos.

Aunque Agor contemplaba a Neisi y a Tahú, su pensamiento estaba muy lejos, con Besi. Sólo cuando Ursu le habló, volvió a ser consciente de donde se encontraba y se dio cuenta de que Ursu le había dicho no sabía bien que.

—¿Qué decías? —preguntó Agor.

—Que debemos prepararnos para partir —le contestó.

Pronto estaban listos los cuatro para partir. Ursu y Agor caminarían hacia el norte, bordeando el Desierto de las Dunas. Neisi y Tahú viajarían hacia el interior, pues para llegar a Skandia tendrían que atravesarlo de oeste a este.

Comenzaron las despedidas de rigor. Hasta ese momento no imaginaron siquiera lo que realmente les dolía la separación. Hacía ya muchos días que comenzaron el viaje y habían vivido juntos experiencias inolvidables. La tristeza que sentían sus corazones por ver partir a un amigo que posiblemente no volverían a ver jamás, sólo la conseguían vencer pensando que era su felicidad la que les separaba.

Tras largo rato de abrazos, despedidas y buenos deseos, nuestros amigos Ursu y Agor miraban hacia el este. Veían como se alejaba su hasta entonces compañero y para siempre amigo Tahú. La imagen de Tahú cogido de la mano de Neisi adentrándose en el Desierto de las Dunas no podrían olvidarla jamás.

Antes de que se perdieran de vista tras una duna, Tahú y Neisi se dieron la vuelta y levantando el brazo Tahú gritó:

—¡Adiós, amigos! ¡Qué la suerte os acompañe!

—¡Adiós, amigos! ¡Qué la felicidad no os abandone! —gritó Agor mientras se le llenaban los ojos de agua.

Poco después desaparecieron tras la duna.

—Vamos amigo. Tenemos que partir —dijo Ursu.

—Cuando quieras —contestó Agor restregándose los ojos— yo ya estoy listo.

Y comenzaron a caminar por el borde del desierto, hacia el norte. Al principio era curioso ver como cambiaba el paisaje sólo cambiando la vista de un lado al otro. Mirando hacia el oeste podía verse bastante vegetación, el paisaje era verde y fresco. Pero si mirabas al este la cosa cambiaba totalmente, sólo se veía arena, grandes dunas de arena. Podría decirse que era un paisaje monocolor a no ser por los distintos matices que se apreciaban según le diera la luz.

Más tarde, ya al atardecer, la franja de árboles se fue estrechando más y más, hasta desaparecer. Ahora las dunas llegaban hasta la mismísima orilla del lago para luego desaparecer bajo sus aguas en forma de playa. El paisaje se volvió más árido, la temperatura era más alta y no había lugares donde resguardarse del fuerte sol. Corría una suave brisa que provenía del interior del lago, lo que hacía que ésta llegara algo fresca. Pero si el aire en vez de venir del lago, soplara del interior del desierto la temperatura en esta zona sería inaguantable para cualquier ser vivo.

—Acamparemos allí, entre esos árboles —dijo Ursu—. Tal vez a partir de aquí no encontremos nada más que desierto.

—De acuerdo —contestó Agor.

Extendieron las mantas que les habían regalado los gnomos, que no eran otras que las que ellos llevaban y que éstos habían cosido durante la noche unas con otras hasta alcanzar un tamaño suficiente para ellos. También les habían dado unas bolsas, comida, cantimploras, una espada, un arco y unas flechas. Todo ello cosas que les habían quitado a los Croac.

Muy pronto se encontraban recostados sobre las mantas con sus estómagos llenos, viendo desaparecer sobre el agua los últimos rasgos de luz.

Por la mañana, después de un reparador sueño y un sabroso desayuno, subieron con gran esfuerzo hasta lo más alto de una gran duna que había próxima a donde se encontraban ellos. El calor durante la ascensión fue sofocante, la arena reflejaba los rayos de sol como si ésta estuviera formada

de miles de espejitos, obligándoles a guiñar los ojos hasta casi cerrarlos. Desde lo más alto pudieron comprobar que hacia el norte, hasta donde la vista alcanzaba, se extendía un territorio desértico que iba a morir junto al lago.

Retrocedieron sobre sus pasos hasta los árboles donde habían pasado la noche. Una vez allí, bajo la reconfortante sombra, decidieron descansar hasta la noche y entonces emprender la marcha por la orilla del lago librándose así del abrasador sol. A partir de ahora y hasta que salieran del desierto viajarían de noche y dormirían de día.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse sobre el agua del lago perdiendo en gran parte toda su fuerza, Ursu y Agor emprendieron la marcha hacia el norte disfrutando de una de las mejores puestas de sol que habían visto jamás. El cielo, totalmente despejado, se había tornado de un color rojo anaranjado dando al lago un colorido tan excepcional que es imposible describirlo con palabras. A pesar de ser de noche el calor era intenso y había que hacer un gran esfuerzo para caminar.

Ya empezaba a clarear cuando descubrieron unas formaciones de roca casi en la orilla del lago. No es que fueran una gran cosa pero era la primera cosa que veían que no era arena. Y además, seguramente, les proporcionaría algo de sombra durante el día. Al llegar allí pudieron comprobar que las rocas escondían una cueva.

—Podemos dormir ahí dentro —sugirió Agor.

—¡Excelente! —exclamó Ursu—. Así nos libraremos aunque sólo sea por un día del ardiente sol.

En la entrada, sujeta en la pared, había una antorcha. Esto significaba que la cueva estaba habitada o en todo caso había servido de morada para algún viajero antes que a ellos.

Encendieron la antorcha y entraron con sigilo. Primero Agor, que con el brazo extendido hacia delante sujetaba el palo llameante que iluminaba la cueva, detrás Ursu con la mano apoyada en el hombro de Agor. Tras andar unos metros el pasillo se ensanchó y desembocaron en una estancia no demasiado grande y donde, por ventura, no había nadie.

Miraron alrededor y comprobaron que no había otros pasadizos que no fuera por el que habían entrado ellos. En el centro de la sala había un montón de piedras cuidadosamente colocadas formando un perfecto cilindro de aproximadamente metro y medio de alto. Sobre él, a modo de tablero se apreciaba, bajo un montón de polvo y cubierto de telarañas, lo que parecía un espejo.

Capítulo 16

El espejo

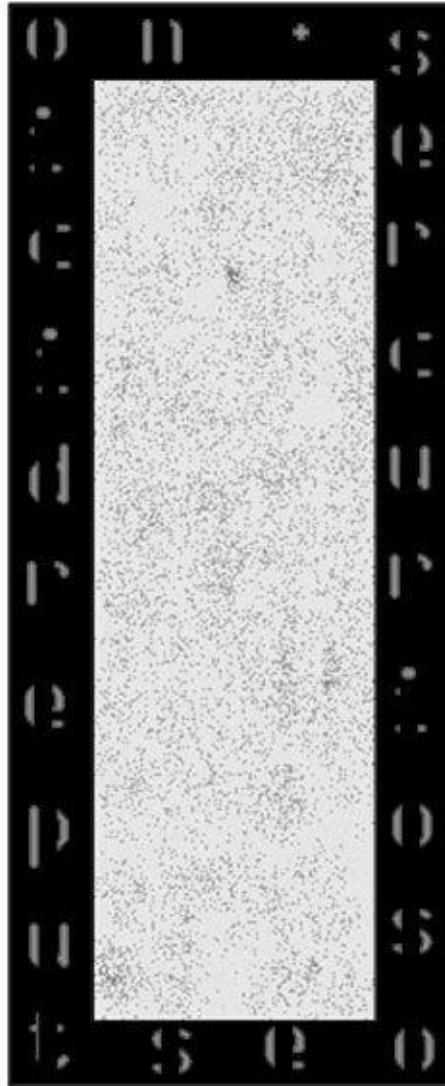
— ¡*Q*UÉ EXTRAÑO LUGAR! —dijo Ursu—.

—En verdad que lo es. ¿Has visto?, parece un espejo — comentó Agor mientras pasaba la mano por encima para quitarle el polvo.

—¿Un espejo? ¿Qué hará aquí? —se preguntó Agor.

—Hum... No sé que demonios puede hacer aquí, pero no me gusta este sitio —agregó Ursu mirando alrededor.

Una vez limpio de polvo, podía verse que el espejo, en un perfecto estado de conservación, estaba colocado sobre un marco hecho de un material negro como el azabache, que ninguno de ellos había visto hasta entonces. En el marco podía verse grabado una inscripción que al parecer no significaba nada, al menos para ellos más bien parecía un adorno. Pero Agor intentando descubrir que significaba se quedó mirando desde todos los ángulos que se le ocurría las líneas que formaban esta inscripción.



Ursu se había sentado en el suelo junto al pasillo y miraba como Agor se colocaba a un lado y a otro. Desde arriba y desde abajo, por cualquier lado y desde cualquier ángulo miraba el marco rayado y en realidad no conseguía dar ningún significado al grabado que tenía delante.

—No sigas buscando —le dijo Ursu—. Probablemente sea tan sólo un adorno y por más que te rompas la cabeza no vas a encontrarle ningún significado. Más te valdría intentar dormir un poco.

—¿Algo ha de significar? —contestó Agor mientras seguía mirando por aquí y por allá.

Unos minutos más tarde Agor dio, según creía, con lo que parecía la clave para descifrar aquel enigma. Mentalmente fue añadiendo rayas verticales donde creía conveniente y así se iban formando algunas letras.

—¡Ursu, mira esto! —gritó Agor exaltado—. ¡Mira, aquí salen letras!
Y fue nombrando las letras que iba descifrando en voz alta:

—S-E-R-C-U-R-I-O-S-O-E-S-T-U-P-E-R-D-I-C-I-O-N.

De repente el espejo se iluminó desprendiendo un haz de luz muy intensa y Agor fue literalmente absorbido hacia ella.

Cuando éste había desaparecido totalmente, la luz se apago. Ursu, sobresaltado, se había puesto en pie y miró hacia el espejo. Éste curiosamente no reflejaba nada en su superficie, sino que podía verse a Agor en otra sala distinta al otro lado del cristal.

—¡Ursu! ¡Ayúdame! ¡Sácame de aquí! —gritaba Agor desde el interior del espejo.

—¡Estate tranquilo! ¡Te sacaré de ahí! —gritó Ursu sin saber muy bien que podía hacer para sacar de allí a su amigo.

Como mago que era conocía todos los secretos de los hechizos más corrientes, pero aquello era excepcional. Según podía recordar, nunca había oído hablar de un espejo mágico que se tragara a alguien, ni tan siquiera de algo parecido.

El cristal se fue haciendo cada vez más opaco y empezaba a no dejar ver el otro lado a la vez, que comenzaba a reflejar la imagen de Ursu.

—¡No te preocupes! ¡No pararé hasta sacarte de ahí! —gritó Ursu, pero no estaba seguro de que Agor le hubiera oído.

El espejo había vuelto a la normalidad. Nadie que le mirara podría sospechar que tras él, o mejor dicho dentro de él, se encontraba Agor.

Ursu estaba abatido. No sabía que podía hacer por su amigo, pero lo que sí que tenía muy presente era que tenía que sacarle de allí dentro. No sabía como ni de que manera pero aunque fuera lo último que hiciera en su vida tenía que librarle de aquello.

De igual manera que cuando tiene un presagio, le vino a la mente la imagen de Halt, el gnomo que les había ayudado junto a sus amigos a escapar de los Croac.

—Tal vez, los gnomos sepan algo del espejo —pensó Ursu.

Decidió retroceder hasta el bosque para buscar a los gnomos y contarles lo sucedido. Al Salir al exterior comprobó que el sol estaba ya en lo alto y que la temperatura se hacía insoportable. Muy a pesar suyo no tenía otra opción que volver a entrar y esperar a que llegara la noche.

El día se le hizo interminable, a cada rato despertaba de un intranquilo sueño y salía al exterior con la esperanza de que el sol hubiera caído y así poder emprender el camino de regreso.

Una vez oculto el sol, Ursu partió. Recorrió la franja de desierto durante la noche. Como faltaban un par de horas para amanecer cuando llegó a los

primeros árboles continuó caminando hacia el sur, hacia el lugar donde habían dejado a los gnomos.

Cuando los primeros rayos de sol inundaban el bosque se encontró con unos pajarillos de plumaje multicolor que estaban dedicados en esos momentos a la limpieza tanto del nido, como a la de sus polluelos. Éstos, con ayuda de una vieja lechuza que pasó por allí en busca de una buena rama para dormir, le indicaron donde podría encontrar a Halt.

El sol lucía en lo más alto cuando Ursu, casi extenuado, encontró a un gnomo que vivía muy cerca de donde lo hacía Halt y que le llevó hasta él.

Ursu, mientras comía y recuperaba fuerzas, les contó todo lo sucedido desde que se habían separado. De como habían llegado hasta la cueva donde estaba el espejo y como éste se había tragado a Agor.

—Había pensado que vosotros, tal vez, supierais algo sobre la historia de ese espejo y de como podría romper el hechizo que mantiene a mi amigo prisionero dentro de él —terminó diciendo Ursu.

—Algo hemos oído aunque no sé si servirá de gran ayuda —dijo Halt demostrando su sorpresa y tras una breve pausa como para hacer memoria continuó diciendo—. Sin duda se trata del Espejo de los Curiosos. Hay una historia muy antigua entre los gnomos que cuenta como hace muchos años Marlena, una bruja que odiaba a los gnomos por ese afán que tenemos de saber más, y que nos lleva en algunas ocasiones a ser demasiado curiosos, creó un espejo mágico que atrapaba en su interior a todo aquel que descifrara su mensaje.

—Creo recordar —dijo un viejo gnomo que se encontraba allí— que la historia decía algo más o menos así: «... Y el Espejo será tu morada hasta que el viento del este nos haga llegar el aroma de las flores».

—Es cierto. Ya casi ni lo recordaba —asintió Halt—. ¿Pero esto no creo que aclare mucho de como podremos sacarle de allí?

—Tal vez si —reconoció otro de los gnomos que lucía una larga barba blanca—. ¿No es cierto que la cueva dónde dices que está el espejo se encuentra cerca del lago?

—Sí, a tan sólo unos metros de la orilla —contestó Ursu.

—Entonces el viento del este sólo puede llevar hasta él polvo del desierto —siguió diciendo, aunque parecía más bien que lo que hacía era pensar en alto—. Pues bien, no es tan difícil. ¡Llevemos unas flores y pongámoslas entre el viento y el espejo!

—¿Y la pared que hay por medio? Mi magia no funcionó allí dentro —dijo Ursu.

—La tiraremos —le respondió.

Todos se miraban sorprendidos. ¿Podía ser tan sencillo? En la mente de todos estaba la duda de que eso funcionase, pero habría que intentarlo.

Cada uno iba exponiendo las pegas que le surgían respecto al plan, y una a una el gnomo de la barba blanca les iba dando la solución. La única duda que no pudo despejar, ya que no se sabía hasta estar allí, era si serían capaces de abrir un boquete en la pared este de la cueva para que así pudiera entrar el viento, pues de lo que si estaba seguro era de que el espejo no podría ser sacado al exterior.

Se hicieron los preparativos para que aquella misma noche partieran con Ursu un grupo de gnomos que utilizarían todo el día siguiente para abrir el boquete en la pared de la cueva. Éstos dejarían señales para indicar el camino a un segundo grupo, que serían los encargados de transportar, durante la segunda noche, la mayor cantidad de flores de cualquier clase, tamaño o color.

De inmediato partió el primer grupo formado por más de una decena de gnomos y guiados por Ursu. Los gnomos aunque pequeños en tamaño, poseen mucha fuerza y además todos los elegidos estaban muy acostumbrados a trabajar con el pico y la pala. También son muy veloces pues a pesar de la gran diferencia de alturas, andan casi tan deprisa como los medianos.

Desde que salieron, los gnomos no habían dejado de cantar algunas cancioncillas de su amplio repertorio. Esto ayudaba tanto a mantener un buen ritmo en el caminar, como a mantener el buen humor que les caracteriza.

Hacía un par de horas que había salido el sol cuando llegaron hasta la cueva. Estaban todos muy cansados, sobretodo acusaban el esfuerzo realizado en la última hora donde ya les azotaba el fuerte sol desde lo alto. Comieron y bebieron mientras descansaban un rato para así recuperar las fuerzas que bien iban a necesitar en las próximas horas.

Se habían organizado en tres turnos compuesto por cuatro gnomos cada uno. En cada turno, dos gnomos picaban mientras los otros dos apartaban la tierra con las palas. Así estarían durante treinta minutos sin detenerse ni tan siquiera un solo momento. Transcurrido dicho tiempo este turno sería relevado por otro y se apartaría a descansar durante una hora.

La pared de la cueva estaba formada en gran parte por roca lo que hacía que resultara muy duro el trabajo. Aún así, después de las primeras horas, podía apreciarse que habían avanzado aproximadamente un tercio del grosor de la pared.

—No debes preocuparte, pues vamos a buen ritmo. Todo estará listo cuando lleguen los otros con las flores —le dijo a Ursu un gnomo de los que se retiraban en ese momento a descansar.

—Ya veo. Gracias —le contestó.

Las horas fueron pasando mientras los gnomos, incansables, seguían golpeando la roca con la misma intensidad que cuando comenzaron. Ya estaba oscuro en el exterior cuando uno de los golpes abrió un boquete, no más grande que un puño, que daba al exterior.

—¡Hurra! ¡Lo conseguimos! ¡Bravo! —gritaban exaltados tanto los gnomos como Ursu mientras saltaban y se abrazaban los unos con los otros.

—¡Muy bien, muy bien! —gritó uno de los gnomos—. Volvamos al trabajo que aún no hemos terminado y tenemos que acabarlo antes de que lleguen nuestros amigos.

El grupo que hasta entonces estaba trabajando se dispuso a seguir con su tarea y los otros se retiraron a continuar con su descanso. Ahora, una vez perforada la pared hasta el exterior, sería más fácil derrumbarla.

Un par de turnos de trabajo después la pared ya no existía. Desde el interior de la cueva podía verse, vagamente iluminadas, las dunas del desierto. El viento del este llegaba seco y caluroso hasta el mismísimo espejo. Ya sólo cabía esperar la llegada del segundo grupo.

Poco antes de que apareciera el sol, pero ya con luz diurna, llegaron los gnomos portadores de flores encabezados por Halt. Venían en total una docena de hombres cargando cada uno sobre sus espaldas un gran fardo lleno de flores que según llegaban a la cueva iban depositando en el hueco dejado por la pared demolida. Cuando todos habían depositado su carga, el hueco de la pared estaba cubierto de hermosas flores de diversas especies, distintos tamaños y de todos los colores imaginables.

No tuvieron que esperar mucho para ver como el espejo resplandecía y emitía a modo de faro, un haz de luz muy intenso que iluminó todas las flores. Éstas fueron absorbidas por el espejo tal y como lo hiciera antes con Agor y después la luz que emitía se apagó. Rápidamente volvió a encenderse de nuevo y de su interior salió despedido un gnomo que fue a parar contra la pared. Acto seguido, casi de inmediato, le siguió Agor dándose un fuerte golpe al caer sobre un costado. Segundos después se iluminó toda la sala y el espejo saltó en mil pedazos que fueron a incrustarse esparcidos por el techo de la cueva que ahora recordaba a la bóveda celestial en una noche despejada.

Todo quedó en calma. En el silencio, sólo se escuchó un pequeño quejido producido por el gnomo que momentos antes había sido escupido por el

espejo antes de que todos los presentes gritaran, saltaran y se abrazaran celebrando el acontecimiento.

¡Lo habían conseguido!

Capítulo 17

Hoff el Gnomo

TRAS LAS MUESTRAS de alegría que habían brotado desde lo más interno de cada uno, todos los presentes estaban sorprendidos por haber conseguido lo que se proponían. Pero más aún lo estaban por la aparición de un personaje al que nadie esperaba y que más tarde se presentaría como Hoff el Gnomo.

Ursu corrió hasta donde había caído Agor. Al llegar hasta él lo abrazó y comprobando que se encontraba bien le dijo:

—¡Mira qué pasó por ser curioso, amigo mío!

—Me alegro de verte de nuevo —le saludo Agor haciendo oídos sordos al comentario de Ursu.

—¿Qué pasó allí dentro? —se interesó Ursu.

—No recuerdo, me siento algo cansado —le contestó—. Sólo recuerdo estar junto al espejo descifrando la inscripción que había en su marco y que cuando conseguí entenderla salió una luz cegadora que me obligó a cerrar los ojos. Más tarde, no sé cuanto tiempo después, recuerdo como en sueños estar tras una ventana pidiendo ayuda mientras una voz me decía que estuviera tranquilo y que me sacaría de ahí. No sé cuanto tiempo después, pues para mí es como si hubiera sucedido hace un momento, sentí la luz intensa nuevamente en mis ojos y un fuerte golpe en el costado. No puedo recordar más.

—Descansa ahora amigo mío —le dijo Ursu.

—Y tú, Hoff, ¿cómo llegaste hasta aquí? —quiso saber Halt.

—¿Yo? —exclamó el gnomo—. No recuerdo muy bien ahora. Estoy muy cansado.

—Dejarles descansar, ya nos lo contarán más tarde —dijo otro de los gnomos.

Todos sentían ahora el cansancio producido por el esfuerzo realizado en las últimas casi veinticuatro horas, por lo que sentados o tumbados en cualquier rincón, todos, sin excepción alguna, en unos minutos quedaron profundamente dormidos.

El sol no estaba muy lejos del horizonte. La noche tan sólo tardaría unas horas en llegar. Comenzaron a despertar del profundo sueño y sentían un gran apetito, por lo que prepararon rápidamente lo que podríamos llamar un gran banquete. Todos fueron poniendo en el suelo los víveres que llevaban con ellos y luego se sentaron alrededor formando un círculo. Había frutas de muchas clases, frutos secos, bayas y algunos alimentos preparados que a simple vista no podía saberse de que eran pero que estaban estupendos. Comieron y bebieron en animada charla y con las notas de buen humor que caracteriza a una reunión de gnomos, incluso aunque ésta sólo sea para comer.

Aparentemente, estaban todos satisfechos cuando Ursu se dirigió a todos y les dijo:

—¡Amigos! Mi compañero y yo estamos enormemente agradecidos a todos vosotros por la ayuda que nos habéis ofrecido...

—¡Bah, no hay nada que agradecer! —le interrumpió Halt.

—Dejarme continuar —siguió Ursu—. Si no fuera por vuestra ayuda, Agor y Hoff, estarían aún dentro de ese infernal espejo por no sabemos cuanto tiempo más. Por ello dejarme que en nombre de ellos y en el mío propio os de las gracias. Gracias de todo corazón. Y si algún día necesitáis a un viejo mago, podéis contar conmigo. Gracias.

La cueva atronó de aplausos, vitoreos y demás gritos de alegría. Los gnomos, como ya sabéis, aprovechan cualquier motivo para demostrar su alegría y convertir el momento en una fiesta.

Bastantes minutos después, cuando comenzaban a tranquilizarse fue Hoff el que quiso dirigirse a todos los presentes para darles las gracias, lo que produjo de nuevo un gran alboroto durante otro largo rato. Cuando Agor quiso abrir la boca para dar las gracias, antes de pronunciar ni tan siquiera una sílaba el alboroto volvió a subir de tono, por lo que decidió no añadir nada más a lo dicho por Ursu.

Tras un rato, el silencio parecía volver a la cueva cuando Halt pidió silencio a los presentes para explicarles que pronto anochecería y que con la

noche habría que partir hacia el bosque, pero que antes quería oír, si era posible, la historia de Hoff.

Hoff asintió y tomando la palabra comenzó diciendo:

—Corría el año tercero después de la gran inundación cuando Caty, mi esposa, fue raptada por una zorra llamada Boasdena. Todo el poblado indignado por el comportamiento de esta raposa ayudó en su busca por el bosque cercano. Transcurrieron tres días y tres noches, tras los cuales encontramos el cuerpo de Caty sin vida... —Y se detuvo un instante entristecido por los malos recuerdos y con los ojos llenos de agua.

—La encontramos sin vida —siguió diciendo—. El pueblo entero inició entonces la búsqueda de Boasdena para darla caza, ya que estaba muy claro que la raposa debía estar enferma de la cabeza pues como sabréis nunca una zorra ha atacado a ningún gnomo, al contrario, se conocen casos de raposas que conviven normalmente con gnomos e incluso que les ayudan en sus desplazamientos. Meses después nos llegaron noticias a Quat, nuestro poblado, de que Boasdena había sido cazada en el sur, junto al Lago Salado, por un grupo de Croacs y que su piel había servido para hacer un nuevo trono para su rey. Decidí viajar para comprobar con mis propios ojos que era la piel de Boasdena y no la de otra raposa la que lucía en el trono del rey Croac. Caminé durante días por el desierto hasta que me encontré con esta cueva. Mi curiosidad me llevo a descifrar las marcas del espejo y... Bueno, el resto ya lo conocéis.

—¿Dijiste que todo eso paso el tercer año después de la gran inundación? —quiso saber Halt.

—Sí, así es —le contestó—. En la primavera del tercer año fue cuando sucedió la desgracia y a finales de este emprendí mi viaje. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso estamos ya en el cuarto año?

—No sé que decirte —balbuceó Halt—. No estamos en el tercer año, ni tan siquiera en el cuarto. Hace ya doce años que ocurrió lo que nos acabas de contar. Estamos en el décimo quinto año después de la gran inundación.

—¡No puede ser! —decía Hoff mientras le saltaban las lágrimas de los ojos—. ¡Llevo doce años dentro de ese maldito espejo!

—Tranquilízate —le dijo Ursu abrazándole—. Ya ha pasado todo y lo más importante es que por fin estas libre de él.

Todos estaban entristecidos. Quien más y quien menos había sacado su pañuelo para secarse los ojos en algún que otro momento de la historia, pero ahora todos compartían la rabia que sentía Hoff. Eran doce años perdidos, sin recuerdos, como si tan sólo hubiera pasado un segundo.

Durante esos años la gente de Quat tuvo que abandonar el poblado ya que el desierto había invadido sus campos dejando éstos totalmente cubiertos de arena y dejando seco el único pozo de agua que existía en el pueblo. Sus gentes se vieron forzadas a emigrar a otras tierras, unos fueron a la aventura en busca de un lugar donde asentar su nuevo hogar mientras otros buscaron la compañía de lejanos parientes establecidos en otras poblaciones. Por ello la gente de Quat estaba ahora desperdigada y no era fácil saber donde Hoff podría localizar algún familiar lo que determinó que tomase la decisión de quedarse con Halt y sus compañeros.

Agor explicó a Hoff el motivo de su viaje por si éste podía ayudarles a localizar la montaña donde se suponía que podrían encontrar las Piedras del Agua.

Hoff les contó que durante su viaje había conocido a un viejo sabio llamado Ygrol que le habló de ellas mientras narraba una historia que no recordaba muy bien pero que hablaba de un dragón y de esas piedras que hacen llover.

—Recuerdo —terminó diciendo— que al presentarse, comentó que vivía en un castillo en la Tierra Flotante.

—¿Dónde es eso? —se interesó Agor.

—La tierra flotante es una isla que hay en la parte norte del lago —contestó Halt—. Fue llamada así porque antiguamente hace muchos, muchísimos años, se creía que la tierra que se veía flotaba en el agua y vagaba libremente por la superficie del lago.

—Pues iremos hasta allí para ver si encontramos al viejo Ygrol y éste nos puede ayudar a cumplir con nuestro cometido —agregó Ursu.

Mientras tanto, fuera ya había anochecido por lo que nuestros amigos, tras las despedidas y los agradecimientos de rigor, se encaminaron hacia el norte, continuando así la búsqueda de las Piedras del Agua. Los gnomos sin embargo, ahora acompañados por su nuevo amigo, emprendieron el camino hacia el sur, en busca de los bosques donde habitan y que a partir de entonces también se convertirían en el nuevo hogar de Hoff.

Capítulo 18

La Tierra Flotante

CAMINARON toda la noche bordeando las aguas del Lago Salado. Antes de aparecer las primeras luces del alba tropezaron con lo que podríamos llamar un antiguo embarcadero y decidieron esperar allí hasta que amaneciera para así poder explorar los alrededores.

La luz fue inundando poco a poco todos los alrededores. En el lago, a escasos cien metros de la orilla, iba resurgiendo de la oscuridad la llamada Tierra Flotante. Vista desde donde se encontraban nuestros amigos podía distinguirse una protuberancia rocosa de unas decenas de metros en el lado sur de la isla mientras que el resto del terreno se veía casi plano y con abundante vegetación que llegaba hasta la misma orilla de una arena muy blanca y extremadamente fina.

—Podemos cruzar a nado. ¿No crees? —preguntó Ursu.

—Si —le contestó Agor—. No creo que haya ningún problema en nadar esa distancia. En unos minutos podremos estar en el otro lado debajo de aquellos árboles y allí descansar un poco.

Sin pensárselo más, se zambulleron en el agua y nadaron hasta la orilla de la isla sin que surgiera ningún contratiempo exceptuando, eso sí, que la distancia era algo mayor de lo que parecía desde la orilla. Llegaron bastante cansados y casi sin aliento, se tumbaron debajo de unas palmeras que había allí mismo y se abandonaron al sueño que les inundaba.

Lo último que Agor pudo percibir en estado de semiinconsciencia fue la imagen de Tahú cogido de la mano de Neisi adentrándose en el Desierto de las Dunas, luego vio como si allí mismo estuviera sucediendo que antes de que se perdieran de vista tras una duna, Tahú y Neisi se dieron la vuelta y levantando el brazo Tahú gritó:

—¡Adiós, amigos! ¡Qué la suerte os acompañe!

—¡Adiós, amigos! ¡Qué la felicidad no os abandone! —Parecía gritar Agor mientras se le llenaban los ojos de agua.

Poco después desaparecieron tras la duna y Agor en forma de Aguila Blanca levantando el vuelo los siguió a través del Desierto de las Dunas.

El primer día de camino lo pasaron realmente muy mal. El calor en el interior del desierto era casi insoportable. Neisi a lo largo del día perdió dos veces el sentido y Tahú tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder el rumbo, incluso creyó ver en varias ocasiones el Aguila Blanca de Ursu indicándole el camino hasta el oasis donde llegaron cuando ya había caído la noche.

En el oasis encontraron una gran caravana procedente de Skandia y que se dirigía al oeste en busca de la Princesa Neisi. Todos los componentes de la caravana celebraron hallar a salvo a la Princesa y para demostrarlo organizaron un gran banquete en honor de Neisi y del caballero que la había llevado hasta ellos.

No lejos de donde se estaba produciendo el festejo, en una rama seca de un gran árbol, podía verse un Aguila Blanca que con su pico limpiaba su bello plumaje.

Pasaron todo el día descansando en el oasis y al llegar la noche emprendieron todos el camino de regreso a Skandia. Un poco antes salieron unos emisarios entre los que se encontraban los medianos más rápidos de todo el contorno para llevar a su Rey las buenas noticias. Tuvieron que andar toda la noche y gran parte del día siguiente cuando la caravana llegaba a las puertas de la ciudad hasta donde se había acercado el Rey Croll para darles la bienvenida.

Skandia era esa noche una gran fiesta. Todas las gentes del lugar sin excepción celebraban la vuelta de Neisi y comentaban entre ellos el futuro del que decía llamarse Tahú de Lares.

Neisi estuvo reunida con su padre durante varias horas, durante las cuales le contó por todo lo que había pasado desde que el malvado Garakon la arrancara a la fuerza de su lado.

El rey Croll llamó a Tahú y en agradecimiento por lo que había echo por su pueblo salvando a Neisi, y muy especialmente porque su hija le había comunicado en secreto que quería a Tahú y que deseaba casarse con él, le concedió la mano de su hija y se fijó la boda para la segunda luna llena a partir de aquel día.

Por la mañana el Aguila Blanca emprendió el vuelo, esta vez hacia el oeste. Volaba surcando sobre los mares cuando...

—¡Agor! ¡Agor! ¡Despierta ya! —le decía Ursu al oído.

Abrió Agor los ojos y aunque todavía un poco confuso miró a Ursu y le dijo:

—¡He estado con Tahú! ¡No te puedes imaginar qué me ha pasado!

—¿Cómo dices? —exclamó Ursu—. Acabas de despertar de un sueño.

—¡No! ¡No!, te digo que he estado con Tahú —siguió diciendo Agor—. Le acompañe durante su viaje y le deje feliz en Skandia.

—¡Bueno, esta bien! —dijo Ursu intentando tranquilizar al mediano—, cuéntame todo pero empezando por el principio.

Agor le fue contando con todo detalle lo que sintió cuando le inundó el sueño al llegar a la playa, como revivió la despedida de Tahú y Neisi, y de como a partir de ese momento se sintió un Aguila Blanca y les acompañó durante su viaje. Le contó todo lo sucedido durante el transcurso de éste, así como lo acaecido tras la llegada de éstos a Skandia.

—Y así, cuando todo parecía estar solucionado —seguía diciendo Agor— noté como si volase por los aires hasta que tú me despertaste.

—¡Vaya con el mediano! —exclamó Ursu—. ¡No puedes imaginarte lo sorprendido qué estoy!

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiso saber Agor—. ¡Explícamelo! Te lo ruego.

—Te lo explicaré —dijo Ursu—. Pero has de prometerme tener paciencia y no interrumpir mi relato.

—¡De acuerdo, de acuerdo! No serás interrumpido pero empieza ahora mismo —le dijo Agor mientras se acomodaba nervioso en espera de tan extraña explicación.

—Mi querido amigo. Hace muchos, muchos cientos de años en la Tierra Conocida hubo un gran lucha entre los dos magos más grandes de la historia. Uno era conocido como Tuser y usaba su magia para hacer el bien. De sus enseñanzas hemos aprendiendo todos los magos de luz. El otro, llamado Grunk, utilizaba la magia para su propio beneficio y eso le llevó hacia el lado oscuro. En fin, como puedes imaginarte, la lucha fue encarnizada y duro varios días. Grunk usaba todas sus malas artes con la sola intención de deshacerse de Tuser mientras éste se defendía como mejor podía sin quebrantar los principios propios de un mago de luz. En la lucha se lanzaron al aire fuerzas que son inimaginables y que quedaron allí, como flotando, en espera de encontrar su destino. Estas fuerzas han estado vagando durante

todos estos años y sólo se conocen algunos casos de impregnación de poderes en medianos. Nosotros llamamos a estos medianos impregnados «Magmedios», ya que siempre serán medianos pero en ellos aparecen poderes parecidos a los que tenemos los magos.

—Ya —interrumpió Agor—. ¿Pero lo del Aguila que es?

—No te impacientes, todo llegara. —Y tras una breve pausa, Ursu, continuo diciendo—. El caso es que yo pienso que fuiste impregnado por alguna de esas fuerzas cuando penetrasteis en la cueva. Pues como recordaras, fue después de aquello cuando comenzó a aflorar en ti estos poderes. Recuerda el sueño que tuviste dentro de la cueva y como después comenzaste a entender el idioma de los animales. Pues bien, lo del Aguila Blanca es también un resultado de tus nuevos poderes.

—¿Quieres decir que me convierto en águila? —preguntó asombrado Agor.

—¡No! ¡No! Deja que termine mi explicación y luego pregunta lo que no tengas claro —refunfuñó Ursu—. Veamos. Los magos tenemos unos poderes excepcionales. Uno de estos poderes es el de proyectar una parte de sí mismo hacia otro sitio distinto de donde te encuentras, y esto lo hacemos dando a esa parte proyectada la forma de un Aguila. El Aguila será blanca si el mago es de luz y negra si sirve al lado oscuro. Lo que a ti te ocurrió es que al despedirnos de Tahú y Neisi una parte de ti, inconscientemente, viajó con ellos en forma de Aguila Blanca y ahora a vuelto contigo haciéndote sentir lo que antes ella sintió. Para terminar te diré que con el tiempo podrás dominar estos poderes y utilizarlos cuando creas conveniente y no de una forma casual.

—¡Entonces... El águila que vi en Caibel sobre el Bosque Sombrío eras tú mismo! —comentó Agor sorprendido.

—Yo mismo —le contestó Ursu—. Y ahora, creo que debemos seguir nuestra búsqueda.

Emprendieron el camino hacia el promontorio de roca con el deseo de hallar allí el castillo de Ygrol. Durante la marcha, Agor permanecía en silencio intentando aclarar sus ideas. No era fácil asumir todo lo que le había contado Ursu. ¿Cómo podía ser él un Magmedio?, se repetía a sí mismo sin cesar.

El terreno se fue haciendo cada vez más empinado. Las piedras sueltas que había por todo el suelo hacían el camino peligroso. Cuando abandonaron la vegetación pudieron contemplar ante ellos como se alzaba majestuoso un

promontorio de roca pelada, sin ninguna vegetación y con varias decenas de metros de altura.

Treparon un poco más hacia arriba hasta llegar a un saliente desde donde podía distinguirse todo el contorno de la isla excepto el lado sur que quedaba al otro lado de la montaña. Desde allí podía verse las copas de los árboles formando lo que parecía un manto verde que moría en el lago.

—¡Mira allí! —exclamó Agor señalando hacia un punto en el norte de la isla—. ¿No parece aquello una torre?

—Sí, podría ser. Nos dirigiremos hacia allí siguiendo la playa en vez de atravesar la isla —contestó Ursu.

Volvieron a la playa por el mismo sitio por el que habían subido. Caminaron por el borde del agua hacia el norte durante un rato cuando notaron como la noche se iba apoderando del día. Había que buscar un lugar seco entre los árboles para pasar la noche.

Tras pasar la noche bajo un grupo de jóvenes palmeras despertaron cuando ya podía verse el sol brillando en el cielo. En cuanto comieron algunos frutos, que cogieron de los árboles de alrededor, partieron por la playa con destino al norte, hacia lo que se suponía que era el castillo de Ygrol.

Después de andar varias horas encontraron un embarcadero hecho de troncos y en perfecto estado de conservación donde no había amarrada ninguna embarcación. De allí mismo salía una senda que se internaba en el bosque y que se veía libre de la más mínima brizna de hierba. Por todo aquello se podía deducir que tanto el embarcadero como la senda eran utilizados habitualmente. Decidieron internarse en el bosque siguiendo la senda ya que lo más probable era que les condujese hasta el castillo.

Tras un buen rato de andar por una senda que en ocasiones parecía un túnel hecho a través de una pared de hojas llegaron a una pequeña explanada donde podía verse el cielo luciendo un color azul intenso y coronado por el sol resplandeciente. Al fondo se alzaba un pequeño castillo con dos torres, una más alta que la otra. Mientras se acercaban a través de la explanada pudieron ver que en el muro que se les presentaba había una gran puerta de madera con adornos en hierro y que estaba franqueada por dos soldados. En la torre más baja, podía verse ondear una bandera que sobre el color verde botella del fondo resaltaba el color negro de un lucido árbol de copa redondeada y tronco fuerte.

—¡Esto recuerdo haberlo soñado! —dijo Agor—. Recuerdo perfectamente el cielo azul, la explanada, el castillo, los dos soldados y esa bandera. Pero no recuerdo que más pasó.

—¡Alto ahí, extranjeros! —gritó uno de los guardias.

—¿Quienes sois y qué queréis? —les preguntó el otro.

—Somos dos viajeros que buscan a Ygrol el Sabio —adelantó Ursu para luego preguntar—. ¿Es ésta su morada?

—Así es. Aquí vive Ygrol pero no quiere ser molestado —dijo el primero de los guardias.

—Decidle sólo que Ursu el Mago y su compañero Agor de Caibel quieren verle y veréis como nos recibe —aseguró Ursu.

Uno de los soldados desapareció tras la gran puerta. Su compañero quedó allí mirando extrañado a nuestros amigos pero sin decir ni una palabra. Poco tiempo después volvió a aparecer el soldado que antes había entrado llevando el mensaje, pero esta vez dejó la puerta abierta y haciéndoles una extraña reverencia les invitó a seguirle hasta la presencia de su amo Ygrol.

Andaron por largos pasillos antes de desembocar en una gran sala presidida por una sencilla mesa de madera donde se encontraba Ygrol. Cuando entraron éste se puso en pie y acercándose hasta ellos les dio la bienvenida y les invitó a sentarse en su mesa y compartir con él los manjares que en ella había.

—¡Qué es de tu vida, viejo amigo! —exclamó Ygrol una vez que se encontraban los tres sentados a la mesa.

—Ya ves —contestó Ursu al tiempo que Agor le miraba con una clara expresión de extrañeza—. Algo más viejo y cansado. ¿Y tú? Veo que te conservas en perfectas condiciones.

—Tu siempre tan cortes —dijo Ygrol enseñando lo que parecía un sonrisa.

Estaban inmersos en una charla animada citando mil recuerdos y otras tantas anécdotas de cuando fueron compañeros de estudios en Manlú cuando de repente Ygrol se puso serio y cambiando bruscamente de tono preguntó a Ursu casi gritando:

—¿Qué es lo que buscáis aquí? ¿A qué habéis venido? ¡Vamos, contestad!

—Viajamos en busca de las Piedras del Agua. Un gnomo que encontramos más al sur nos habló de ti y nos contó que cierta vez te escucho narrar una historia de un dragón y que hablaba precisamente de estas piedras —contestó Ursu sin la más mínima alteración.

—¡No sé nada de dragones ni de piedras! ¿Estás seguro de eso? ¡Dejad de acosarme y continuad vuestro viaje! ¿Dónde quieres que me vaya? —refunfuñaba el viejo Ygrol utilizando varios tonos de voz.

—Mi señor esta indispuerto —dijo un sirviente—. ¿Queréis hacer el favor de seguirme?

—Vamos —dijo Ursu a Agor mientras se ponía en pie—. Ha sido agradable encontrar a un viejo amigo y recordar con él tiempos pasados pero en este estado puede estar durante muchos días o incluso semanas. Nosotros tenemos que continuar nuestro viaje.

Salieron de la sala dejando solo a Ygrol. Éste seguía haciendo preguntas en voz alta a un ser imaginario y él mismo, cambiando su voz, se respondía.

—Esta loco. ¿No es así? —pregunto Agor una vez que abandonaron la sala.

—Si así es —contestó Ursu—. Cuando éramos jóvenes y nos preparábamos para llegar algún día a ser magos, sin motivo aparente comenzó a surgir en él un conflicto de personalidades que le hizo inadecuado para continuar con los estudios. Pasó largo tiempo entre nosotros intentando sin ningún resultado todos los métodos conocidos que podían haberle devuelto la salud. Cada vez pasaba más tiempo haciendo o diciendo cosas incoherentes e incluso hablando consigo mismo. Cierta día que se encontraba totalmente lúcido nos comunicó su deseo de abandonar Manlú lo que hizo a los pocos días. Desde entonces no había vuelto a saber de él. Cuando Hoff nos habló de un viejo sabio llamado Ygrol, aunque antes su nombre era Yol, supe que era él pero como no sabía en que estado le íbamos a encontrar, ni tan siquiera si era capaz de reconocermé preferí no decirte nada hasta ver que sucedía.

Cuando ya salían del castillo, uno de los guardias de la puerta les contó que todas las tardes un barquero cruzaba desde el embarcadero que habían visto a su llegada hasta la otra orilla y que éste, de buen seguro, les llevaría gustoso con él.

Agradecidos por la información, cruzaron la explanada y se internaron en el bosque por la misma senda que les había llevado esa misma mañana hasta el castillo. Cuando llegaron al embarcadero allí no había nadie. Esperaron sentados en el embarcadero con los pies metidos en el agua hasta que el sol cayó. Como pronto llegaría la noche lo más aconsejable era buscar un sitio donde pasar la noche lo más cómodamente posible y esperar al nuevo día para cruzar el lago.

Por la mañana les despertó el ruido cuando crujió la madera del embarcadero bajo los pies del barquero. Éste tenía cargada la barca de maderos y se disponía a cruzar el lago con el cargamento.

—¡Buenos días! —le grito Ursu.

—¡Eh! ¿Quién ha hablado? —dijo sobresaltado el barquero ya que no había visto a nadie.

—No se asuste. He sido yo —decía Ursu mientras salía de entre los matorrales donde habían pasado la noche.

—¡Vaya susto me habéis dado! ¿Queréis alguna cosa? —les preguntó, ya más tranquilo, el barquero.

—Nos dijeron en el castillo que nos ayudarías a cruzar a la otra orilla —le explicó Ursu.

—Será un placer llevaros —dijo el barquero—. Ayudarme a bajar unos tablones para no ir demasiado cargados.

Descargaron unas tablas y montando en la barca el barquero comenzó a remar. El agua, empujada por el viento que venía del desierto, se levantaba en unas pequeñas olas que hacían balancear la embarcación y obligaban al remero a ejercer mayor empuje para conseguir avanzar.

A pesar que podía verse el esfuerzo que realizaba, el barquero les contó mientras remaba que todos los días cruzaba a la otra orilla a trabajar en la construcción de un embarcadero, pues el que allí había era tan viejo y había sido tan poco cuidado que acabó desplomándose sobre el agua. Ahora estaba construyendo otro un poco más al norte de donde se encontraba el antiguo, junto a unas rocas que le protegerán del fuerte viento que a veces proviene del desierto.

Al llegar a la orilla, Agor y Ursu, ayudaron al barquero a descargar la madera. Vieron con gran satisfacción el trabajo que el barquero había realizado hasta entonces y pudieron comprobar que era un magnífico trabajo propio de un gran carpintero. El barquero, orgulloso de su obra, agradeció los comentarios de nuestros amigos que después de las oportunas despedidas continuaron su camino hacia el norte.

Capítulo 19

Al norte del lago

PASARON el día caminando junto al lago. Al atardecer podía verse como la orilla giraba cada vez más al oeste lo que les hacía suponer que se encontraban al norte del lago. Decidieron pasar allí mismo la noche.

Al amanecer el nuevo día, nuestros amigos, emprendieron la marcha hacia el norte, en busca de la montaña formada por las Piedras del Agua. Caminaban por un terreno con algunas lomas bajas que formaban unas pequeñas ondulaciones, pero podía decirse que era casi llano. La vegetación, formada tanto de arbustos bajos como de grandes árboles, era muy variada pero se podía andar entre ella muy cómodamente. El sol se dejaba ver entre las ramas de los árboles y podía verse una gran cantidad de animales de varias especies que ni siquiera se asustaban al verles.

Después de dos días de marcha por terrenos parecidos, llegaron hasta un río que avanzaba caudaloso desde unas montañas que a simple vista parecían más altas si cabe, que las Montañas Picudas. Tras vadear el río decidieron bordear la cordillera en busca de algún poblado habitado donde les pudieran informar del camino que debían seguir.

Continuaron bordeando las montañas en dirección al oeste aunque pronto el borde de la cordillera giró hacia el norte. Varias horas más tarde llegaron hasta un angosto cañón que penetraba entre las montañas hacia el interior de la cordillera. Decidieron continuar por él para averiguar donde conducía.

El cañón serpenteaba entre grandes paredes de roca que se elevaban hacia el cielo. En ocasiones era tan estrecho que podían tocarse sus paredes con ambas manos a la vez, y sin embargo, en otras sus paredes casi verticales formaban un pasillo en el que se podían medir varios metros a lo ancho. Tras

pasar una zona donde las dos paredes llegaban a unirse unos metros por encima de sus cabezas dejando una especie de túnel desembocaron en lo que podríamos llamar una plaza. Era un gran ensanchamiento de forma ovalada y que al contrario que en el resto del cañón, se podía ver algo de vegetación. Al estar cayendo el día, la luz era insuficiente para continuar el camino y decidieron pasar la noche en aquel lugar.

Después de llenar sus estómagos y ya con una oscuridad que invadía toda la plaza, ambos se disponían a dormir cuando, a tan sólo unos metros del suelo en la pared norte se encendió una pequeña luz, luego otra y más allá, otra, y otra y otra... Y así se fue iluminando toda la pared con decenas de puntos de luz.

Nuestros amigos que estaban allí tumbados, sin atreverse ni tan siquiera a hablar, estaban siendo testigos de como las lucecillas que ya cubrían toda la pared iluminaba con una luz suave la parte del cañón donde se encontraban. Comenzó a escucharse muy levemente una música que al parecer, provenía del interior de la pared. Agor se acercó lentamente hasta el pie de la pared. Ursu le siguió, intentando no hacer ni tan siquiera el menor ruido. Ambos pudieron descubrir maravillados que las lucecillas aparecidas en la pared provenían de unas minúsculas ventanitas que habían sido abiertas.

De repente oyeron sobre sus cabezas una voz que les chillaba:

—Bzzz... ¿Qué hacéis ahí? Bzzz... ¡Responder!

Ambos miraron hacia arriba sin lograr ver a nadie. Por más que miraban sólo veían las ventanitas por donde salía la luz, pero no alcanzaban a ver quién hablaba mientras se volvió a dirigir a ellos diciéndoles:

—Bzzz... ¿Pero es que no me escucháis? Bzzz... ¡Vamos, responded! Bzzz...

—Somos viajeros —respondió Agor mirando hacia arriba pero a ningún punto en concreto—. Intentábamos dormir un poco cuando comenzó a iluminarse la pared y nuestra curiosidad nos hizo acercarnos a ver de que se trataba.

—Bzzz... ¿Quiénes sois y que queréis de nosotros? Bzzz...

—Éste es Ursu el Mago —contesto Agor a la vez que le señalaba, y tras una breve pausa, poniendo la mano en su pecho siguió— yo Agor de Caibel. Viajamos desde hace semanas en busca de las Piedras del Agua. ¿Podéis vosotros ayudarnos en nuestra búsqueda?

No hubo respuesta. Sólo se oía un pequeño zumbido como el que acompañaba las palabras del misterioso personaje. Tras unos segundos más se volvió a dirigir a ellos y les dijo:

—Bzzz... Esperar aquí, no tardaré. Bzzz...

Nuestros amigos quedaron allí de pie, se miraron con caras de extrañeza pues ninguno de ellos había logrado ver a aquel que les había hablado.

Unos minutos más tarde comenzaron a oír un zumbido, éste más fuerte que el que habían oído antes. Miraron hacia arriba y esta vez si pudieron distinguir sobre sus cabezas decenas de abejas como suspendidas en el aire. Una de ellas, no podían especificar cuál de tantas, se dirigió a ellos diciéndoles:

—Bzzz... Me dicen que sois Ursu el Mago y Agor de Caibel. Bzzz... Y que buscáis las Piedras del Agua. Bzzz... ¿Es eso cierto? Bzzz...

—Así es —contestó esta vez Ursu.

—Bzzz... No debierais ser vosotros los que aquí os encontrarais. Bzzz... ¿Qué fue del que inició su viaje y que nunca llegó? Bzzz...

—Antes de contestaros quisiera saber quien sois vosotros pues nadie os ha presentado —dijo Agor.

—Bzzz... Somos los Guardianes de la Roca. Bzzz... Yo soy Floy, Príncipe de la Montaña. Bzzz... Y ahora, ¿queréis responder? Bzzz...

—Bien —comenzó a hablar Ursu—. Hace ya varias semanas, muy lejos de aquí, iniciaba este viaje nuestro joven amigo Tahú de Lares al que más tarde nos uniríamos Agor y yo mismo. Circunstancias de la vida han hecho que nuestro compañero Tahú tuviera que emprender otros caminos dejándonos a nuestro cargo la misión que le había sido encomendada.

—Bzzz... ¿Pero esta bien? —quiso saber Floy—. Bzzz...

—¡Por supuesto! —exclamó Ursu mientras afloraba una sonrisilla en sus labios—. Es que durante su viaje tropezó con una princesita y su corazón no pudo resistirlo.

—Y ahora decidnos ¿podéis ayudarnos en nuestra búsqueda? —dijo Agor.

—Bzzz... Mi impaciente amigo, no dudes que vuestra meta esta cercana —aseguró Floy—. Bzzz... Los Guardianes de la Roca os ayudaran a alcanzarla. Bzzz... Ahora dormir un poco. Mañana emprenderéis el último tramo de vuestro viaje. Bzzz... Que descanséis. Bzzz.

Y dicho esto emprendieron el vuelo hacia la pared y entrando por algunas de las ventanitas desaparecieron.

Nuestros amigos quedaron allí, en silencio, mirando como se iban cerrando todas las ventanitas hasta quedar en la más completa oscuridad. Nadie podría decir que minutos antes la pared resplandecía por los cientos de puntos de luz que salían de su interior.

—Durmamos algo —dijo Ursu rompiendo así, el profundo silencio en el que se habían quedado tras desaparecer todas las abejas.

—Será lo mejor —añadió Agor—. No sabemos que nos deparará el nuevo día.

Dicho esto ambos se acostaron pero en sus cabezas no dejaba de revolotear la idea de que pronto podrían ver cumplida su misión.

Capítulo 20

Las Piedras del Agua

TRAS DESPERTAR de un sueño profundo y reparador, como no recordaban haber sentido nunca, ambos despertaron a la vez. No sabían muy bien, pero no recordaban nada desde que la noche anterior habían llegado al sitio donde ahora se encontraban. Sin embargo, tenían el presentimiento de que algo había ocurrido.

Frente a ellos, junto a los restos de la hoguera ya apagada, podía verse una masa de un color acerado cubierta por una especie de neblina que dejaba entrever en su interior una luz resplandeciente.

No había duda, aquello era una Piedra de Agua. Su búsqueda había acabado. Ambos miraban absortos la piedra por la que tantos avatares habían pasado cuando les pareció oír como un rumor lejano que decía:

—Bzzz... Regresar presto con los vuestros. Bzzz...

Miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie. El lugar estaba desértico.

—Debió ser el viento —pensaron para sí cada uno de ellos.

—¡Volvemos a casa! —dijo Agor con alegría.

—Ya va siendo tiempo de volver —le contestó Ursu.

Ursu recordaba vagamente unos mapas que había visto en su época de aprendiz y por ello pensaba que viajando hacia el este podrían llegar hasta la tierra de los hombres por las tierras que hay al norte del Bosque Sombrío. Para luego desde allí regresar hasta la cabaña de Agor, y más tarde hasta Manlú, su hogar.

Decidieron regresar sobre sus pasos hasta el último río que atravesaron y luego seguir su cauce mientras se dirigiera hacia el este. Más adelante ya estudiarían por donde cruzar el Bosque Sombrío para llegar a lo que los medianos llamaban Kamunsia.

Tomaron la piedra, que a pesar de ser casi tan grande como la bolsa de Ursu no era en absoluto nada pesada, y se dirigieron por el desfiladero hasta dejarlo atrás. Caminaron hacia el sur hasta llegar al río y siguieron por su orilla norte durante varios días hasta alcanzar su desembocadura en el mar.

Tras varios días de dura marcha, mientras se disponían a pasar la noche en la playa, Ursu pensó que ya era hora de emprender el camino hacia el sur. Al amanecer recogieron sus pertrechos y como si contaran con nuevas fuerzas caminaron con un fuerte ritmo hacia casa.

Era medio día cuando pudieron ver lo que parecía el límite del bosque no muy lejos de ellos, allá en el horizonte. Esto les dio fuerza y antes de lo que ellos pensaban se encontraron rodeados de maleza lo cual les indicaba que era principio de una dura marcha a través del impenetrable Bosque Sombrío.

Allí mismo pasaron la noche, mientras sus mentes vagaban entre los recuerdos de su hogar que ya podían sentir muy cerca. Al amanecer se internaron en el bosque intentando siempre que podían caminar en dirección sur.

No sabemos cuanto tiempo después llegaron a Manlú donde fueron recibidos con gran entusiasmo por todos sus habitantes. Les agasajaron con una gran fiesta que duró toda la noche y gran parte del día siguiente. Y después de proporcionarles todo lo necesario para continuar su viaje, se retiraron a descansar.

Al despertar llovía abundantemente, y pudieron comprobar que inexplicablemente no se encontraban en Manlú, sino que se hallaban a las afueras de una gran ciudad formada por grandes casas muy apiñadas. Ambos se miraron sin decir palabra y se dirigieron hacia allí.

Al entrar en la ciudad pudieron comprobar como las gentes bailaban y cantaban bajo la lluvia, sin percatarse siquiera de su presencia. Aunque la mayoría de estas gentes eran hombres, podían verse entre ellos algunos elfos, enanos, gnomos y medianos. No había duda, sólo podían encontrarse en un lugar, Baller.

No sabían como habían llegado hasta allí, pero en esos momentos no importaba demasiado. Las gentes rebosantes de alegría vitoreaban a nuestros amigos a su paso, y les agasajaban con preciosos regalos. El mismísimo alcalde de Baller les entregó la llave de oro de la ciudad y les nombraron hijos predilectos de la ciudad.

Agor y Ursu decidieron que ya podían iniciar el viaje de regreso a casa, aunque los festejos duraron todavía varios días.

Capítulo 21

Mi viaje a Caibel

ME ENCONTRABA yo en viaje de negocios en Baller, cuando oí hablar del pequeño Agor, y digo pequeño porque así llamamos los hombres a los medianos. Pues bien, allí me encontraba cuando me contaron muy por encima el viaje salpicado de aventuras que había vivido este personaje con el sólo afán de ayudar a los hombres. Con lo poco que supieron contarme sentí un gran deseo de conocerle en persona y si ello fuera posible, oír de sus propios labios la narración de su gran viaje.

Me presentaron a un mediano llamado Fydo que vivía en Lares, ciudad que más tarde averigüé que era donde había vivido Tahú desde su nacimiento hasta su marcha hacia el este. Fydo se prestó a viajar conmigo hasta Lares y una vez allí indicarme el camino hacia Caibel, lugar donde vive Agor en la actualidad.

Fydo y yo salimos de Baller al amanecer. El día estaba nublado pero no parecía que fuera a llover. Él marchaba unos pasos delante de mí marcando un ritmo difícil de coger para un hombre. Sus pasos eran cortos, demasiado en comparación con los míos, y además eran muy rápidos, casi podía dar dos mientras yo daba uno. Tras un rato de caminar tras él intentando imitarle, conseguí seguirle el paso y pude comprobar que así se avanzaba rápidamente y sin cansarse demasiado.

Al parar para tomar un bocado fue la primera ocasión que tuve para agradecer a Fydo su compañía. Era la primera vez en mi vida que tenía trato directo con un mediano y de verdad que pude comprobar que tenían bien ganada su fama de gente muy agradable. Charlamos animosamente durante un buen rato hasta que Fydo indicó que deberíamos continuar el viaje, lo que hicimos rápidamente.

No había caído el sol cuando divisé un grupo de casas y al preguntar a mi compañero me informó de que llegábamos a Lares. Éste era el primer poblado de medianos que yo veía. Según nos acercábamos pude apreciar como las casas de madera, aunque eran pequeñas, estaban muy bien construidas. Esto me hizo recordar una pequeña ciudad para niños que pude ver, en no recuerdo bien que ciudad europea.

Cuando llegamos fui presentado a todos los habitantes y antes de que pudiera darme cuenta ya habían montado en el centro de la plaza un banquete de bienvenida. En la mayoría de ellos note que aunque su trato era de lo más cortes y amigable me miraban extrañados. Más tarde me explicó Fydo que por estas tierras, tan al este, no suele venir ningún hombre por lo que yo era el primero que veían muchos de ellos. Entre charlas y canciones llegamos hasta altas horas de la madrugada y nos retiramos a dormir. Fydo pretendía que durmiera en su casa pero la altura de los techos lo desaconsejaba. Al final pase la noche en el establo que tienen para uso de todos y que tiene una altura suficiente para mí.

Cuando desperté el sol estaba ya muy alto y las gentes del poblado hacía rato que se dedicaban a sus tareas diarias. Fui hasta la casa de Fydo para que éste me informara del camino a Caibel y así poder emprender el camino lo antes posible. En la plaza me encontré a la mujer de Fydo que me dijo que él estaba en casa y que tenía noticias que darme. Al llegar a la casa Fydo me dijo que si le admitía como compañero me acompañaría hasta Caibel lo cual acepté encantado.

Tras un breve pero fuerte desayuno y las despedidas de rigor, partimos los dos por el camino de Caibel. Fydo iba delante y marcaba el ritmo de esa forma peculiar que tienen los medianos. Esta vez no me costó nada imitar su paso. Caminamos todo el día haciendo un par de paradas para reponer fuerzas y comer algún bocado.

Tras pasar la noche en un terreno donde ya podía verse más vegetación que por la comarca de Lares y después de caminar gran parte de la mañana llegamos a Caibel, donde fuimos recibidos por un mediano que dijo llamarse Ibán y que no podía disimular su asombro. Me miraba de arriba a abajo con los ojos abiertos de par en par, fijamente y sin pestañear. Después de saludarle cortésmente le preguntamos por Agor y nos informó que vivía un poco más al norte en una cabaña próxima al Bosque Sombrío.

Salimos de Caibel tomando el camino que nos había indicado Ibán y por el que caminamos hasta encontrarnos con una magnífica explanada donde

podía verse un establo junto a una cabaña. Al fondo podía verse el principio del Bosque Sombrío.

Cuando llegamos a la cabaña salió de ella una bella mujer que sobresaltada al verme grito llamando a Agor. Éste salió rápidamente para ver que sucedía y al vernos allí delante de su casa nos saludo correctamente, se presento él y su mujer y nos ofreció comida y cobijo para descansar.

Fue Fydo el primero en hablar haciendo, en el modo en que lo hacen los medianos, las presentaciones pertinentes y dándoles las gracias por su hospitalidad. Después tomé la palabra para decirle el motivo de mi viaje, le expliqué que había oído parte de su historia y que eso fue suficiente para despertar en mí la admiración más profunda hacia él.

Agor accedió a contarnos su aventura a la que él llamó «La aventura de las Piedras del Agua» por lo que mientras Agor, ayudado por Fydo, sacó de la casa una mesa y unas banquetas, Besi sacó una bandeja de frutas silvestres y unas copas de asac. Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa, bueno yo me senté en el suelo pues era más cómodo y llegaba bien a la mesa, cuando Agor comenzó a narrar la increíble historia que acabáis de leer.

Cuando abandone Kamunsia y llegue de regreso a «la tierra de los hombres» como la llaman los medianos comprendí que esta historia no debía ser olvidada. Decidí entonces escribirla tal y como me la contó el propio Agor allí sentados junto a su casa y saboreando ese magnifico licor de bayas que ellos llaman «asac».

En mí quedó grabado para siempre el recuerdo maravilloso de esas gentes hospitalarias, agradables y de buen corazón que son los medianos. Y de mi amigo Fydo en particular, el paso rápido y decidido al estilo de los medianos que aún llevo cuando camino por la ciudad.

Índice de contenido

- 1. La tormenta*
- 2. Camino de Caibel*
- 3. Un extraño visitante*
- 4. El águila blanca*
- 5. La partida de Agor*
- 6. El camino hacia las montañas*
- 7. Las Montañas Picudas*
- 8. En busca de Ursu*
- 9. Un extraño pasillo*
- 10. Juntos de nuevo*
- 11. Descendiendo hacia el lago*
- 12. La travesía*
- 13. ¡Por fin en la orilla!*

14. Los Croac

15. El Desierto de las Dunas

16. El espejo

17. Hoff el Gnomo

18. La Tierra Flotante

19. Al norte del lago

20. Las Piedras del Agua

21. Mi viaje a Caibel